MUNICIPALIDAD DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

CUADERNOS DE BUENOS AIRES

RICARDO DE LAFUENTE MACHAIN

EL BARRIO DE SANTO DOMINGO

Tercera edición

10

BUENOS AIRES

EL BARRIO DE SANTO DOMINGO

Quien busque en un plano en el que figuren los actuales barrios capitalinos no hallará, por cierto, el de Santo Domingo. Barrio del que sólo queda, como elemento individualizador —claro está que muy importante—, la histórica iglesia puesta bajo la advocación del cenobita italiano.

Por ella deberemos guiarnos para ubicar, en nuestro tiempo, al entonces aristocrático barrio de Santo Domingo, formado hacia la segunda mitad del siglo XVIII a expensas de la zona entonces conocida con el nombre de San Francisco.

Aunque el lector confirmará pronto su correcta ubicación, quizá convendría anticipársela, de modo que pueda saber, desde un principio, qué mundo se le irá desplegando ante sí en cuanto inicie la lectura de esta obra que, en su tercera edición, tiene hoy en sus manos.

Los límites del barrio de Santo Domingo no eran muy precisos. Por el norte posiblemente no llegaba más allá de la calle Moreno. Y tomando esta calle como límite norte, el lector no andaría muy descaminado si ubicara al barrio coincidiendo con la larga franja sur del actual de Monserrat.

Algo más que conviene aclarar. En varias ocasiones el autor habla de tal o cual casa ubicada en alguna de las calles del barrio, agregando una breve referencia acerca de su «estado actual», o de la cercanía de su más o menos «creciente desaparición». Es obvio que la mayoría de tales acotaciones resultan anacrónicas en esta tercera edición, a cerca de un cuarto de siglo de ser formuladas por su autor. Prácticamente ninguna de las casas mencionadas existe hoy, y la mayor parte de ellas ha desaparecido hace ya mucho tiempo. Fuera de ello, la obra conserva toda la actualidad y la frescura que el lector amante de Buenos Aires conoció en la primigenia edición de 1956.

N. C. D.
Nº DE INVENTARIO 01029
UBICACION 21-11-21
INGRESO 16.11.84
MATERIA D

CUADERNOS
DE BUENOS AIRES
10

MUNICIPALIDAD
DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES

Intendente Municipal
Brigadier (R) OSVALDO A. CACCIATORE

Secretario de Cultura
RICARDO T. E. FREIXA

Director de Bibliotecas Municipales
JORGE CRESPO MONTES

Honorable Sala de Representantes
BIBLIOTECA
"ESTEBAN ECHEVERRIA"

CUADERNOS DE BUENOS AIRES

10

RICARDO DE LAFUENTE MACHAIN

EL BARRIO DE SANTO DOMINGO

Tercera edición

ANULADO
BIBLIOTECA
ESTEBAN ECHEVERRIA
No DE INVENTARIO 21475
UBICACION XV-1150(10)
INGRESO 19-12-80

C.D.U. 711.5 : 93 (821.1)

BUENOS AIRES
1978

Primera edición: Año 1956
Segunda edición: Año 1968
Tercera edición: Año 1978

LA PORTADA:

La iglesia de Santo Domingo, en la actualidad

EL BARRIO DE SANTO DOMINGO

Se formó a costa del de San Francisco, su vecino y su antecesor en importancia, sobrepasándolo desde mediados del siglo XVIII.

No fue muy extenso, pero compensó su tamaño con la calidad de sus habitantes y su importancia mercantil.

Lo limitaba, al sur, el zanjón llamado del Hospital, desagüe de los terrenos del oeste, especie de riacho que se ahondaba constantemente por el paso torrentoso de las aguas en días de lluvia, hasta hacer imposible su cruce a jinetes y carretas.

Más lejos se formó el barrio del Alto, de típico sabor arrabalero, antítesis del aristocrático Santo Domingo.

El límite este lo formaba el río, teniendo la faja intermedia del "Bajo", nombre con el cual se designaba a la playa entre el pie de la barranca y el agua.

Los otros límites eran indeterminados y variables.

Por el norte no pasaba de la actual calle Moreno, sobre la cual daban los fondos del Convento de San Francisco y la manzana de la Compañía de Jesús, que a su vez fueron núcleos de otros barrios.

Por el oeste se extendió sin trabas en la llanura pampeana cuando se parceló el ejido y mientras no se formaron los de San Juan y La Concepción, a costa del de Santo Domingo, sin afectar su importancia.

Seguramente en la época de su apogeo era bullicioso. Se mezclarían los ruidos menores, como los ladridos de los muchos perros existentes y los pregones, con el chirriar de las carretas portuarias, los gritos de sus conductores, y sobre todo ello, de día y de noche, el tañido permanente de las campanas de los templos, cercanos unos de otros, casi linderos: Santo Domingo, San Francisco, el del Hospital, San Ignacio y la capilla de San Roque, sin contar otros no lejanos, como la Catedral, San Juan y Belén, a los que se sumaba la del Cabildo en días de acuerdo y vísperas.

Formaban un conjunto a veces ensordecedor, por lo cual el gobernador Bucarelli restringió los toques de este último, único sobre el cual tenía jurisdicción, dando un ejemplo de respeto hacia

el vecindario. Por fin en 1822 también se hizo lo mismo con las iglesias, cuyas voces de bronce, conocidas por los pobladores, regían la vida de la ciudad.

Las calles siguieron la evolución impuesta por el progreso general.

En el siglo XIX habían mejorado mucho, sin embargo. La pintoresca descripción dejada por el general Lucio V. Mansilla no las pinta como un modelo. Refiriéndose a los años de su niñez, dice: *"La calle antigua, un poco desierta, convenido, era calle alegre; con sus borrachos clásicos; con sus locos inofensivos; inundadas cuando llovía; convertidas en arroyos torrenciales, con sus muchachos de las mejores familias descalzos, arremangados los calzones, chapaleando el agua o el barro, en busca de algo rodado, bonito, raro o de precio, sin sombrero en verano, sin miedo de resfriarse en invierno, eso sí tenía carácter: el de un paisaje de canal holandés helado"*.

Aceras no se conocieron hasta después de largas luchas sostenidas por los ediles, a fin de salvar los muros estropeados por los ejes de las carretas que se arrimaban a ellos en procura de mejores pasos. No bastando eso, se ordenó colocar postes de madera dura cada pocas varas. Mucho después, y como gran progreso, se logró enladrillarlas o ponerles lajas de piedra, para evitar los baches, y en los cruces de calle, pasos de éstas para salvar el lodazal de las calzadas.

Con todo, no dejaba de ser molesto el caminar por ellas, debido a su extremada estrechez, una vara, y la altura sobre el nivel de la calzada; tanta, que no se podía bajar a ésta si no había gradas, como en general se hacían frente a cada puerta de calle y esquinas.

Las aceras se consideraban parte de las casas y se utilizaban como dependencias suyas. En ellas se cocinaba, servían de taller y se exponían las obras producidas. La gente modesta las usaba para recibir visitas; se colocaban sillas con el pretexto de tomar sol o fresco y cebar mate.

En las puertas de calles de otras más acomodadas se agrupaba el servicio femenino, los chicos y, en familias de cierta categoría, las niñas solteras. Víctor Gálvez pregunta: "¿para qué?", y se responde: "para ver la calle... solitaria casi siempre, sin vehículos ni movimiento". De paso se observaba lo que sucedía en el barrio, y se sostenía el chismorreo.

Entretanto los caballos permanecían durante horas atados a los postes cercanos, con gran provecho para las moscas.

El doctor Vicente F. López, refiriéndose más a menos a los mismos años que el general Mansilla, recuerda los barriales de las calles, las aceras estrechas de adobes protegidas por los postes antes mencionados, que luego suprimió una orden de Sarmiento, clavados

cada tres *varas*, y comenta la arbitrariedad de los propietarios que las reducían aún más, con las rejas voladas de sus ventanas.

Por la noche, salvo cuando brillaba la luna, reinaba una obscuridad casi absoluta, pues los faroles del "Virrey de las luminarias", no obstante el adelanto que significaron como medida edilicia, no contribuían mucho para disipar las sombras, ya que las velas de sebo o el candil de grasa de potro, dentro de faroles con los vidrios ahumados, distantes entre sí, sólo servían para acentuar las sombras y dar razón al dicho popular "para semejante candil, más vale estar a obscuras".

A lo lejos veíase de tarde en tarde cruzar una lucecita oscilante, como luciérnaga en noche de verano, que no era sino el farolillo con que un esclavo iba alumbrando el camino a su amo para evitarle un mal paso con consecuencias lamentables para su persona o ropas.

Las cosas no mejoraron apreciablemente en los comienzos del siglo XIX, y de lo que eran las calles por la noche, casi al mediar éste, también nos ofrece su recuerdo el citado general Mansilla, con las siguientes palabras: "*en aquel entonces, el silencio sepulcral de ciertas horas era sólo interrumpido por el canto destemplado de los serenos, los cuales repetían las horas y las medias al unísono del vetusto reloj del Cabildo, haciendo constar si llovía, o no, si el tiempo estaba, o no sereno, y otras circunstancias poco consoladoras, por cierto*".

En otra parte agrega: "... *aquel silencio casi sepulcral en medio de una obscuridad caótica penetrada apenas por el pestañear en lontananza de uno que otro farol agonizante, era sólo interrumpido, a ciertas horas, por el remoto ladrar de los perros, por uno que otro jinete que pasaba, por uno que otro vehículo que intentaba pasar sin cuarta por el hondo pantano pegajoso o por sobre la piedra enorme interpuesta en la senda anfractuosa, o por un inmenso lejano rumor intermitente, semjante, se me ocurre, a la voz de aquel Esténtor famoso que, según canta Homero, dominaba la de cincuenta hombres juntos: el crujir de las carretas tucumanas y otras menos clásicas, que llegaban a las plazas o huecos y al Bajo*".

Durante el día solía verse un triste espectáculo, bien que por la fuerza de la costumbre ya no impresionaba a nadie.

Era el paso de presos con cadenas o grillos, utilizados en obras públicas, quienes, bajo la vigilancia de guardianes, desfilaban hasta el lugar de su trabajo y por la tarde volvían a su encierro.

El espectáculo resultaba más lastimoso por el estado de abandono y suciedad de los penados, que con voz plañidera pedían tabaco o limosna, cuando no proferían insolencias o palabrotas que los guardianes refrenaban por medios que no hacían sino aumentar el escándalo.

Es cierto que estas cosas no eran exclusivas de Buenos Aires, ciudad que en su conjunto no era peor ni más atrasada que las de su categoría en la Península.

También faltaba en las calles la animación que dan las tiendas, como estamos habituados a verlas hoy. Entonces carecían de vidrieras y hasta de letreros señalándolas. Cuando mucho, exponían sus mercancías en alguna ventana, amontonadas, sin gusto ni lucimiento. Más general era colgarlas de los montantes de las puertas, y a veces se corrían sobre los muros de la calle, para mayor comodidad de los clientes que, al pasar o antes de entrar, podían cerciorarse de su calidad por el tacto. Especialmente se hacía esto con las telas, que el viento agitaba dándoles categoría de banderas o colgaduras.

A veces, la puerta de entrada estaba dividida a media altura y abría la parte superior, y por ahí el comerciante atendía como podía al cliente, que aguardaba en la acera.

Las esquinas casi siempre se destinaban a negocios de pulpería, al punto de haber llegado a ser sinónimos ambos términos. Especie de cafés o confiterías de segundo orden, donde se reunía una clientela *sui generis*, que pasaba el tiempo jugando o bebiendo, a la vez que discutían algún negocio o asunto político.

Otras eran ocupadas por farmacias, "boticas" en el léxico popular, donde además de medicinas expendían diversos productos y se reunían vecinos de mayor categoría que los de las pulperías, para comentar los sucesos del momento, tratar negocios o jugar a las cartas en espera de volver a sus respectivas casas.

En el siglo XIX también era habitual ver en las esquinas grupos de hombres fuertes, robustos, cuyo trabajo era el de mozos de cordel, "changadores", que estaban a la espera de quienes solicitaran sus servicios.

Otra peculiaridad de la ciudad eran sus olores, que hicieron escribir al general Mansilla: *"Los olores de Buenos Aires, que antes, con viento del sur, eran los de los saladeros; con viento del este los de la playa, con o sin resaca, con o sin pescados putrefactos y más o menos poluciones del río Barracas desembocando en el Plata; y con viento del oeste, los de los hornos de ladrillo que ardían con osamentas y charamusca de todo género".*

Esta enumeración, hecha con bastante prolijidad, omite los provenientes de causas menos distantes, como ser los de animales muertos aprisionados en algún pantano callejero, donde quedaban hasta la completa evolución de la materia; los de las caballerizas existentes en toda casa de alguna importancia, los producidos por el amontonamiento de cueros, grasas y carne, conservados en los fondos a la espera de su embarque.

CALLES Y VECINOS

El centro político, civil y religioso, en los comienzos de la ciudad de la Trinidad, estuvo en la Plaza Mayor, pero las actividades mercantiles y las residencias familiares se ubicaron más al sur, donde luego se formó el Barrio de Santo Domingo.

Lo que daba vida a la ciudad era el puerto del Riachuelo, fondeadero de las naves oceánicas y lugar de carga y descarga de mercaderías.

Como consecuencia natural se formó una vía de comunicación entre ese punto y el centro de la población.

Primero fué un sendero que pasaba sorteando los malos pasos propios a la calidad del suelo, tan favorable para formar pantanos, que ahondaban las carretas con ruedas de llantas de madera y muchos bueyes.

Más tarde se convirtió en camino entre cercos y corrales. Y por último fue calle, y la principal de Buenos Aires.

En 1590 el procurador general de la ciudad escribía a la Real Audiencia que el general Juan de Garay "señaló dos cuadras para el monasterio de señor San Francisco en la calle más principal * de la dicha ciudad, junto a la plaza donde ha de ser el comercio y contratación desde el puerto a la plaza", y da otros detalles sobre su forma y los servicios que presta a los vecinos.

Por ella, además del tránsito comercial diario, pasaban los cortejos oficiales que acompañaban a los gobernadores, obispos y personas de categoría, recibidos en el puerto por una comisión que anticipaba los saludos y organizaba el cortejo para emprender la marcha hacia el centro, entre nubes de polvo o salpicaduras de barro.

Se llegaba al zanjón del Hospital, límite sur del poblado, y se detenía en un arco de follaje que simbolizaba las puertas de la ciudad, donde las autoridades comunales presentaban el saludo oficial, y, cuando se trataba de un gobernador, le entregaban una llave como símbolo de la posesión efectiva de la autoridad.

---

* Actual Defensa - N. de los E.

Después de esta ceremonia, el cortejo, reorganizado, seguía su marcha pasando por frente a las achaparradas casas del poblado, adornadas según la inventiva y recursos de sus ocupantes, quienes se agrupaban en las puertas para saludar y aplaudir al recién llegado, siempre portador de esperanzas, como cuanto se refiere al futuro, que luego el presente, o sea, la realidad, va disipando poco a poco.

Las comunidades de los conventos aguardaban alineadas en sus atrios a fin de saludar a la comitiva a su paso, mientras las campanas echadas a vuelo anunciaban la fausta nueva del arribo a todos los vientos.

Esta calle, como todas, careció de nombre oficial hasta después de mediar el siglo XVIII, designándose cada cuadra por el nombre del vecino más caracterizado o algún detalle peculiar de ella.

En su conjunto comenzó a ser llamada calle Mayor, Real o del Puerto, por la costumbre. La nomenclatura de 1769 la denominó San Martín, en honor al Patrono de la Ciudad, y después de la última victoria contra los ingleses recibió el de Liniers, por el jefe vencedor. Más tarde fue Reconquista y, por último, Defensa.

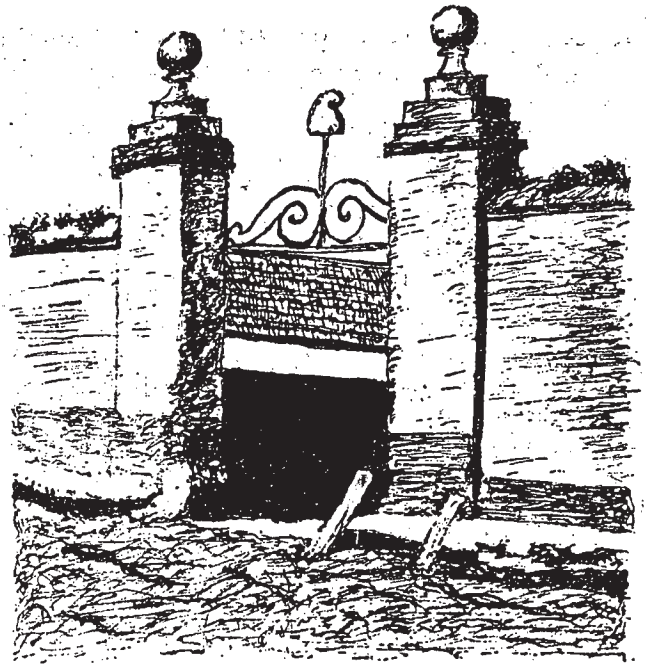
Es tarea ardua e inalcanzable la de pretender establecer el nombre de los ocupantes de las moradas porteñas en el curso de los siglos, y por otra parte carece de objeto, pero deben recordarse algunos para darnos cuenta de la importancia de las calles y del barrio.

El de Santo Domingo comenzó a formarse con este nombre desde el establecimiento del templo y Convento de dicha advocación. Antes, toda la zona se llamaba de San Francisco.

En la esquina N. y O. de Moreno y Defensa hubo, hasta entrado el siglo XX, una antigua construcción, muy típica con sus tejas y puerta coloniales, salvada de la modernización circundante a causa de una capellanía cuya redención fue materia de un pleito larguísimo.

Era parte de una manzana que al comienzo de la ciudad de la Trinidad perteneció al vecino Diego de Vega, portugués, potentado del momento, socio primero, y luego tío político del capitán Juan de Vergara, el novelesco personaje de los albores porteños. Dueño de inmensa fortuna, con vastísimos negocios y gran influencia ante las autoridades, parecía hecho para él el dicho francés de *"que hacía la lluvia y el buen tiempo"*. Conoció todas las alternativas de la suerte: según sus vueltas, estaba en el pináculo del poder o perseguido y expulsado de la ciudad, se veía ensalzado sin medida o vilipendiado sin piedad.

Luego esa manzana, ya cercada, con tiendas, viñas y árboles, pasó a ser propiedad de Bernardo Sánchez, personaje enigmático y de leyenda que se daba a sí mismo el calificativo de *"gran peca-*



Portón de la Aduana vieja sobre Balcarce, entre Belgrano y Venezuela, como estaba en 1900.

dor", que tuvo actuación misteriosa desde Quito hasta Buenos Aires, y cuya verdadera personalidad se ignora.

Otros, como Pedro Franco, Hernando Suárez Maldonado, el general Mateo Leal de Ayala, Francisco de Rivera, Manuel de Ávila, Francisco Martín, fueron propietarios al dividirse en solares.

En la acera mirando al este estuvo la finca conocida por de *"la higuera"*, que dio nombre a la cuadra, sin que se pueda afirmar si lo tuvo por algún árbol de dicha especie o por el vecino Antón Higuera.

Era la primera cuadra indiscutida del barrio de Santo Domingo, en cuya acera del oeste tuvo su casa habitación, en el siglo XVIII y comienzos del XIX, don Francisco de Tellechea, cabildante, fuerte mercader, hombre de prestigio y buena fama, leal a su Rey y a su Patria, hasta dar su vida por restablecer el dominio español, participando en la contrarrevolución de 1812 que encabezó su vecino por los fondos, don Martín de Álzaga. Desde su patio, donde se colocaron cañones, se tiró en 1807 contra los ingleses acantonados en Santo Domingo.

Como se sabe, la firma de la sentencia que le condenaba a muerte provocó un serio conflicto entre los componentes del Triunvirato, uno de los cuales, don Juan Martín de Pueyrredón, se resistía a asentarla, provocando las invectivas de Rivadavia, quien, según se dijo, llegó a imputarle falta de patriotismo.

Ahora bien: tres años después, Pueyrredón casó con doña María Calixta de Tellechea, hija del ajusticiado, y esto abre un interrogante respecto de la causa de su actitud en el proceso, pues no ofrece ni asomos de duda su patriotismo bien probado.

¿Ya abrigaba los proyectos matrimoniales que fueron realidad en 1815? ¿Se repitió el caso de Bonaparte y Josefina, cuyo conocimiento comenzó con motivo del proceso que condenó al marido de ella? ¿No pasó nada de esto?

Es cierto que la niña era sumamente joven en 1812, pero entonces no era raro el matrimonio con novias de pocos años, y Pueyrredón debía conocerla bastante, por cuanto estaba obligado a pasar por frente a lo de Tellechea al ir y volver de su casa al centro.

En 1822 se publicaron avisos periodísticos ofreciendo como novedad, en una barbería instalada en la casa de Tellechea, *"un insecto llamado vulgarmente «sanguijuela» que se aplica con éxito para una porción de dolencias"*.

Junto a la casa anterior, doña Carmen Carbonell tenía escuela según el método de Lancaster, muy en favor.

Entonces, la familia de Madero vivía en esa cuadra.

En la acera frontera, donde después estuvo el nº 324, se alojó en enero de 1824, por dos semanas, el joven sacerdote Juan María

Portón del corralón donde estuvo el Cuartel de Cuitiño, Chacabuco entre Independencia y Estados Unidos.

Mastai, auditor del nuncio en Chile, monseñor Juan José Muzi, de paso por Buenos Aires, donde su permanencia originó conflictos enojosos, pues la Santa Sede no tenía reconocida la Independencia argentina. A su llegada fue popularmente bien recibido, y el Provisor lo autorizó para decir misa y confirmar. Se fijaron avisos en las calles anunciando que lo haría en San Ignacio, pero las autoridades civiles intervinieron exigiendo la presentación de credenciales, a lo cual se negó monseñor Muzi. Las cosas se extremaron, el Nuncio se resintió y el gobierno ordenó que abandonase el territorio de la provincia, de donde salió el 16, con todo su séquito.

El susodicho auditor, según se comentó, dormía sobre las baldosas del suelo por espíritu de humildad y propósito de mortificación.

Años más tarde ocupó el Solio Pontificio con el nombre de S. S. Pío IX, de ilustre memoria.

En esa misma acera, diez años más tarde, don Marcos Sastre abrió la "Librería Argentina", donde estableció el *"Gabinete de lectura"* que reunía al elemento joven, generalmente universitario, estudioso, ávido por conocer las ideas europeas, asimilarlas y discutir sus teorías. Su éxito, y los muchos concurrentes, requirieron un local más espacioso, por lo cual Sastre trasladó su negocio a la calle Victoria *, donde el Gabinete de Lectura se convirtió en el *"Salón literario"*, de vida efímera, que sirvió de antecedente a la *"Joven Argentina"*, más conocida luego por *"Asociación de Mayo"*, nombre que hizo histórico la emigración y su lucha contra la dictadura.

Junto a la librería de Sastre vivía la familia Bunge, y en la acera opuesta, don Pedro Plomer con su familia. Era persona de vastas vinculaciones sociales y en el mundo de los negocios, siendo su casa muy frecuentada por políticos, diplomáticos y militares de prestigio. En 1834 el rey de Cerdeña lo designó agente consular, pero el gobierno de Buenos Aires opuso reparos y no lo reconoció como tal.

En la mitad de la cuadra, números 346 al 56, vivió don Bernardino Rivadavia en plena actuación política.

La esquina de Belgrano frente al atrio de Santo Domingo estuvo ocupada por el café de este nombre, muy concurrido, emulando a los de Marcos y Catalanes como lugar de reunión y mentidero. Sobre Defensa, al costado del atrio, estaba la casa que fue de Zamudio, largo tiempo. En la cuadra entre Belgrano y Venezuela hubo una serie de casas habitadas por familias importantes por su antecedencia y fortuna, como la de don Martín de Sarratea, de gran prestigio social y fuerte fortuna; padre de doña Martina, mujer en

* Hoy Hipólito Yrigoyen - Nota del editor.

Casa de Basavilbaso, luego Aduana. Belgrano entre el Bajo y Balcarce, 1900.

Honorable Sala de Representantes
BIBLIOTECA "ESTEBAN ECHEVERRIA"

segundas nupcias de don Santiago de Liniers, el jefe reconquistador, virrey y conde de Buenos Aires (título no aceptado por el Cabildo), una de las primeras víctimas de la Revolución de Mayo; y de don Manuel de Sarratea, con destacada actuación política y diplomática después de dicha revolución.

Lindero suyo en el nº 453, vivió don Juan de Lezica y Torrezuri con su familia. Fue otra figura del más fuerte comercio porteño y virreinal. Desempeñó numerosos cargos concejiles y otros, en las ciudades donde residió. Edificó un templo en Santiago de Coripanta, Alto Perú; otro en la Villa de Luján, de cuya patrona fue acendrado devoto, y del de Santo Domingo, su vecino, que no alcanzó a ver terminado, pues murió en 1784 y la obra duró hasta mitad del siglo XIX.

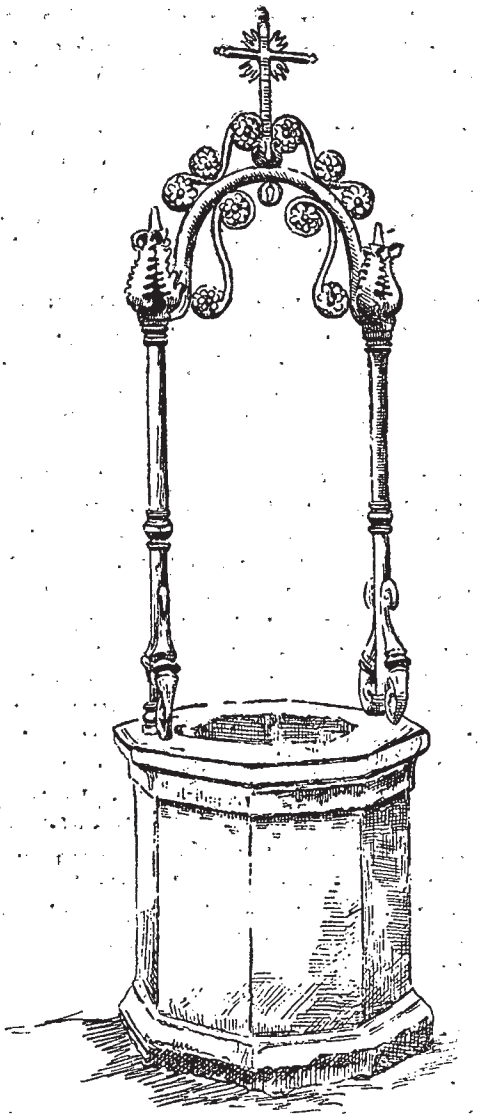
Al comenzar el segundo tercio de éste, dicha casa pasó a ser propiedad del general Facundo Quiroga, el *"Tigre de los Llanos"*, y se convirtió en uno de los sitios más concurridos de la Capital, famoso por las partidas de juego ganadas, o perdidas, tan bulliciosamente que ponían en alarma a los pasantes nocturnos y luego eran comentadas largamente en todas partes, con las exageraciones de rigor.

El nº 463 correspondió a la casa de don Benito González de Rivadavia, abogado de nota a últimos del período colonial, cabildante, militar de circunstancias al producirse las invasiones inglesas. En ese sitio nació y vivió su hijo don Bernardino, primer presidente argentino, ministro de alto vuelo, diplomático y uno de los próceres a quien el país debe importantes iniciativas.

En la que llevó el nº 465 vivió don Braulio Costa, socio del general Quiroga en negocios mineros, persona de gran fortuna, gestor financiero de la provincia en Europa, donde obtuvo empréstito. A su casa concurría la mejor sociedad, recibida con esplendidez, haciendo los honores su dueña de casa, doña Florentina Ituarte de Costa, gran dama, cultísima, notable belleza, que en 1845 se retiró a su chacra de San Isidro, donde dirigía personalmente el cuidado de su jardín, famoso por sus flores y plantas raras. Alternaba esa atención con la lectura hasta después de cumplir cien años, con todas sus facultades en perfecto estado. Fueron padres del doctor Eduardo Costa, jurisconsulto y estadista que heredó de su madre la afición a las plantas.

También estuvo en 1935 la farmacia de Pablo Ferrari, que Antonio Demarchi tomó y en la cual luego asoció a sus hermanos Marcos y Demetrio, así como más tarde lo hizo con Parodi, a quien Rivadavia nombró para el Museo de Ciencias Naturales que estableció.

La esquina de Venezuela, después de las invasiones inglesas, recibió popularmente el nombre *"de la matanza"* por los muchos



Del aljibe de la casa de Constanzó. Brocal (Después propiedad del Sr. Antonio M. Barreto)

muertos en dicho sitio durante el ataque al templo y convento de Santo Domingo para desalojar a los ingleses.

En los primeros tiempos de La Trinidad tuvo allí su morada el vecino Antonio Gutiérrez Barragán, venido de España con su deudo Bernardo Sánchez, "el Gran Pecador". Ocupó cargos concejiles y gozó de prestigio. Su descendencia continuó en las familias principales.

En la siguiente de México, haciendo cruz con el Hospital, sobre el solar que hubo de ocupar el convento de monjas dominicas, se levantó una gran casa de altos, con amplio frente sobre México, que ofrecía la particularidad de no tener en todo su piso superior sino un balcón de reducido tamaño, sobre el cual abría una puerta modesta.

Perteneció a la familia de Aoiz, muy difundida en la sociedad porteña, donde perdura su descendencia aunque no el apellido.

A comienzos del siglo XIX pasó a ser de don Juan Vendrell y Vivot, fuerte comerciante mallorquín, fundador de la familia de su nombre, que conservó la propiedad de esta finca hasta avanzado nuestro siglo.

Era un edificio muy interesante en su interior, por sus cielos rasos con dibujos de arte indígena, su amplio zaguán con banco azulejado, escalera señorial y vastos patios con albercas, y, según era habitual, con ventanas de rejas voladas adornadas con "flores" hechas a martillo por algún herrero que se sentía artista.

El intendente Carlos M. Noel quiso destinarlo a Museo Municipal, pero por inconvenientes e incomprensión de quienes podían subsanarlo, no se hizo, y la "piqueta del progreso" la derribó, para levantar en su lugar una casa que alberga oficinas industriales.

Unas cuadras más adelante venía el zanjón sobre el cual, después de mucho bregar, se levantó un puentecito conocido con el nombre de *"Granados"*, que se hizo extensivo al mismo zanjón. Tomó este nombre de una familia así llamada, famosísima por la delicadeza de ciertos pastelillos de hojaldre que eran su especialidad y constituían la delicia de los golosos, al decir de don Santiago Calzadilla y Víctor Gálvez, quienes aún los recordaban en su vejez.

Para cerrar la breve reseña de esta calle, evocaré los días más gloriosos de su historia.

Finalizaba el mes de junio de 1806 cuando el pueblo de la Capital se enteró de que una flota inglesa estaba a la vista y sus tropas desembarcaban para apoderarse de estas provincias.

Dos días después supo con estupefacción que la ciudad se había entregado y que el jefe británico haría su entrada el 27 por la tarde, recorriendo el camino tradicional de los desfiles oficiales.

La víspera, el general Carr Beresford había hecho saber a las autoridades españolas que debían entregarle el texto de la capitu-

lación en la esquina del zanjón, donde era de práctica que el nuevo gobernador recibiera la simbólica llave de la ciudad.

Pero esta vez la escena resultó totalmente distinta.

Hasta la naturaleza pareció ponerse a tono con los sentimientos del vecindario. Desde tres días antes caía una incesante lluvia, convirtiendo la calle en un lodazal, mientras sobre las aceras desiertas chorreaba el agua de los tejados.

Beresford y sus tropas desfilaron casi sin ver alma viviente, pero sintiendo seguramente que por los intersticios de puertas y ventanas un pueblo humillado atisbaba sus pasos, protestando en silencio contra la entrega estipulada.

En los días siguientes el invasor pareció afirmarse en su conquista. La resistencia no se manifestó y hasta hubo actos que pudieron interpretarse como acatamiento.

El 1º de julio la casa de Sarratea se engalanó para agasajar al general británico, en testimonio de la gratitud de los dueños de las embarcaciones de cabotaje, que les habían sido devueltas contra lo establecido por la ley de guerra, que las reconocía buena presa para los vencedores.

Pero el reverso de este acto lo ofreció, en silencio y con sencillez, el yerno del mismo Sarratea, don Santiago de Liniers, al ofrendar en el vecino templo de Santo Domingo, a Nuestra Señora del Rosario, las banderas inglesas que hubiera de apresar en la campaña que se proponía iniciar.

Pasaron los días.

La resistencia pasiva se volvió alzamiento. El pueblo reaccionó de su abatimiento y las tropas del país, acaudilladas por Liniers, cercaron a los ingleses en el Fuerte y en la Plaza, se apoderaron del convento de Santo Domingo y Beresford capituló a su vez.

El 24 de agosto, don Santiago de Liniers, jefe de los vencedores, cumpliendo su voto, entregó a la Virgen del Rosario las banderas tomadas al invasor.

Pero los días épicos no habían terminado.

Al año siguiente se reanudaron los ataques. Buenos Aires resistió y venció, siendo teatro principal de los sucesos el templo de Santo Domingo, su convento y las proximidades, como veremos al ocuparnos de aquéllos.

Después de la victoria, las autoridades comunales quisieron tributar un homenaje público a los héroes populares, y resolvieron dar sus nombres a las calles de la ciudad. La principal recibió el de Liniers, jefe de las históricas jornadas.

La familia Silveyra vivía en la esquina de Defensa y San Juan el año 40, cuando recibieron la visita de la Mazorca.

Paralela a Defensa, pero una cuadra más hacia el río, estaba la primera señalada en la traza de la ciudad, la ahora llamada Balcarce.

Era poco mencionada en la época, y se la llamaba indistintamente Camino de la Ronda o calle del Fuerte en escrituras notariales, para señalar ubicación o linderos.

Comenzaba junto a los fosos del Fuerte, o sea en la actual esquina de Hipólito Yrigoyen y Balcarce, y fueron vecinos destacados, en su primera hora, el gobernador Hernandarias de Saavedra y Antonio Bermúdez, según parece resultar de ciertas escrituras de comienzos del siglo XVII.

La única cuadra utilizable era la primera, pleno barrio de San Francisco.

Seguían inmediatamente las tierras del Convento de San Francisco, que esta calle cortaba y la comodidad de los frailes quería unir para facilitar el cultivo de la huerta que allí tenían. Y también el cuidado de ovejas y otros animales domésticos, que la falta de cercados permitía pasar a terrenos de vecinos, que armaban pendencia y eran causa permanente de incidentes en los que intervenían el Cabildo y las autoridades, siendo tan repetidos y graves que en el año 1589 provocaron el envío a Córdoba del padre fray Francisco Romano, el más turbulento del convento.

Una cuadra más al sur los incidentes se repetían con la comunidad de Santo Domingo, dueña de una propiedad análoga, donde también querían tener huerta y corral.

Los desmoronamientos, pantanos y desagües de los terrenos del alto de las barrancas hacían el paso de la calle muy dificultoso, y casi no servía sino para el cruce de carros aguateros, o entrada de caballos y carretas del servicio de las casas con frente a la calle del Fuerte.

A una cuadra hacia el norte estuvieron, hasta entrado el siglo XX, los portones de lo que fue la Aduana vieja. Uno de ellos ostentaba un arco de hierro sosteniendo un vistoso gorro frigio, en lo que era dependencia de la casa de Basavilbaso, que veremos luego.

En esta calle alternaban portones y fondos de casas con entrada por calles transversales, y fachada de otras de la misma calle del Santo Cristo.

Durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871, que tanta virulencia alcanzó en el vecino barrio de San Telmo, una casa de la calle Balcarce fue teatro de una escena que inmortalizó el arte de un gran pintor. Los doctores Roque Pérez y Manuel G. Argerich supieron que en el número 348 de entonces había enfermos, y fueron a llevarles auxilios. Hallaron la puerta cerrada y nadie respondió a su llamado. Entonces la forzaron y vieron, ten-

Honorable Sala de BIBLIOT... EC...

dida en el suelo, a una mujer muerta, con una criatura prendida a su pecho tratando de alimentarse. No había nadie más.

Recogieron al niño y mandaron sepultar a la madre. El famoso pintor uruguayo J. M. Blanes perpetuó esta escena en un lienzo que constituye uno de los más impresionantes documentos sobre los trágicos días de la terrible epidemia.

Por la calle Balcarce desfiló el general Juan Lavalle el 1º de diciembre de 1828, cuando se dirigía a la campaña para combatir al gobernador Dorrego.

A medida que se fue poblando adquirió importancia. Se la conoció por mucho tiempo, desde el siglo XVIII, con el nombre de calle del Santo Cristo, y un siglo más tarde con el de Balcarce, en honor de los generales de dicho apellido nacidos en la primera esquina frente al Fuerte.

Este nombre conmemora una de las pocas tradiciones de la ciudad. En cierto momento del siglo mencionado, castigó al pueblo una tormenta de lluvias, vendavales y creciente del río tan grandes como no se recordaba haber visto antes. Los días pasaban y la tormenta parecía arreciar. Todos los remedios que el vecindario conocía resultaban inútiles. Entonces alguien propuso sacar en procesión la imagen del Santo Cristo, venerado en la Catedral con el título de Santo Cristo de Buenos Aires, obra del afamado escultor tallista portugués Manuel de Coyto, donado a dicha iglesia por el gobernador Martínez de Salazar en 1671.

La idea fue aceptada de inmediato por todo el pueblo, y la sagrada imagen salió del templo seguida por todos y recorrió, llevada en andas, la línea más avanzada de hasta donde habían llegado las aguas de la inundación. A medida que el Santo Cristo avanzaba, la tormenta parecía amainar y el cielo se aclaraba; tanto, que al regresar a la Catedral la tormenta estaba en plena retirada y los gruesos nubarrones se disipaban, dejando ver un cielo claro y luminoso. La población agradecida no olvidó el socorro, y en señal de gratitud a lo que se calificó como un milagro, se ofrecieron festejos y se dio su nombre a la calle por donde desfiló la procesión de los vecinos afligidos.

Hacia el este de Balcarce venía el Bajo, cuya espaciosa playa al pie de la barranca se usó para hacer pasar un camino que transitoriamente resolvió el problema del zanjón y prestó los mismos servicios que el análogo del norte, o sea, facilitar las comunicaciones del centro con la campaña en días de lluvia, evitando que los vecinos quedaran aislados y sin abastecimientos, como sucedía cuando crecía el caudal de los zanjones y sus pasos se ponían intransitables. Además, en todo tiempo era recorrido por los carros que hacían el servicio del puerto.

El Bajo era un lugar donde se juntaba la resaca, y muchas casas cercanas arrojaban en él sus desperdicios a la espera de una creciente que los llevara río afuera. Si tardaba, su descomposición se expandía por la zona, atentando contra la salubridad pública.

Sobre las toscas, no tan abundantes como en la parte norte, las lavanderas del barrio, casi siempre negras esclavas, cumplían sus tareas en medio de canciones, dicharachos, disputas y corridas que daban vida y color a la escena.

Esa parte —durante el período agudo del gobierno de Rosas—, aunque menos de lo que fuera un poco más al sur, viose recorrida en noches obscuras por partidas de la Mazorca, que al galope de sus caballos o escondidos entre los vericuetos de las barrancas espiaban el posible embarque de *"salvages unitarios"*, como calificaban a cuantos partían para Montevideo en procura de una libertad que no hallaban en esta ciudad o a fin de engrosar las filas de quienes estaban prontos a combatir para restablecerla.

Después de mediar el siglo XIX, por sobre esas toscas cruzaron los rieles del Ferrocarril a la Ensenada, desapareciendo las lavanderas y los aguateros.

Pasado el cerco del Convento hacia el sur se edificó en el último cuarto del siglo XVIII, probablemente, una gran casa para la familia de Elía, muy difundida en la sociedad porteña. Es la única de la zona que continúa en pie, seguramente no por largo tiempo, pues su estado es deplorable. Lleva el nº 521. No hay dudas de que no ha sido modernizada.

Sucesivas modificaciones en el nivel de la calzada han convertido en piso alto el que antes fuera el bajo. Se ha modificado la puerta primitiva y abierto otra, todo lo cual se comprueba fácilmente observando las hiladas de los ladrillos a través de los trozos de pared con el revoque caído, que muestran los cambios.

Es de azotea, y en medio de su vasta fachada se alza un mirador desde el cual en tiempos de auge debió gozarse de un hermoso panorama. En su interior tuvo amplios patios, con espaciosos corredores.

Seguía hacia el oeste de la calle Defensa de hoy, la de la Trinidad, 1769; Victoria, 1808; Universidad en 1822, Santa Rosa en 1849, y Bolívar desde 1857.

Entre Moreno y Belgrano, cuadra que era a la vez de los barrios de Santo Domingo y del Colegio, y mirando al oeste, estuvo la casa de don Martín de Álzaga, personaje de primordial importancia en las postrimerías del período español, quien según el doctor Vicente F. López *"fue a la vez que la trágica figura, el último representante encopetado que tuvieron en Buenos Aires, los tres siglos del Régimen colonial"*. Gran comerciante, muchas veces cabildante, tuvo, como alcalde de primer voto, excepcional actuación en 1807 durante

la segunda invasión inglesa, en premio de lo cual fue uno de los cuatro vecinos para quienes se pidieron títulos de Castilla.

De carácter firme, sostuvo sus ideas y ofreció su vida por conservar los derechos de su Patria y de su Rey.

Enfrente de la casa de Álzaga, calle por medio, estuvo el costado del caserón de don Juan Manuel de Rosas, algo descuidado cuando su dueño se instaló casi permanentemente en Palermo, y después de Caseros se usó como Casa de Gobierno de la Provincia, por ocupar el Fuerte el Nacional.

Por fin fue Casa de Correos, y como todos los edificios antiguos cayó bajo la piqueta de los albañiles, y su terreno fue fraccionado para nuevos destinos.

Pero a esa casa, por tener su entrada y fachada principal sobre Moreno, no se la consideró del barrio de Santo Domingo.

En la calle de la Universidad nº 115 antiguo, entre Belgrano y Venezuela, estuvo una casa de don Manuel Rodríguez de Vega, conocido filántropo, y luego fue propiedad de don Juan Manuel de Luca, quien la destinó a Casa de Correos.

La que lleva el nº 531 conserva su fachada intacta, a pesar de sus muchos años, que no han pasado sin dejar huellas.

Mansión señorial, de altos, con balcón corrido en todo su frente, ostenta una balaustrada de hierro con finos dibujos. Comunica con la calle por un amplio zaguán donde una robusta columna de mármol blanco sirve de eje a una escalera con desarrollo en abanico, amplia, cómoda.

Fue residencia del doctor Miguel Rivera, médico reputado que realizó estudios en París. Era marido de doña Mercedes Rosas, la hermana físicamente más parecida al Restaurador de las Leyes y la intelectual de la familia, escritora y poetisa.

Se cuenta —mejor dicho, lo narra ella misma en carta a su sobrina, la señora de Terrero, que publicó su nieto don Manuel Bilbao en *"Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires"*— una anécdota que la muestra enérgica y valiente.

Dice que en los primeros momentos después de Caseros, el general Urquiza dispuso que un oficial y varios soldados prestaran guardia en su casa, para protegerla en caso de un posible avance del populacho. Pero ella agradeció al oficial la cortesía con que transmitía el mensaje, y para el general vencedor le dio otro en términos que demostraban el temple de su alma.

Pocos años después, habiendo sido ejecutado el coronel don Gerónimo Costa, pidió la entrega de sus restos para darles sepultura, y los Varela, siempre dispuestos a comentar burlonamente los sucesos del día, relataron el hecho en su diario con su tono habitual. Como consecuencia, un grupo fue a gritar debajo de los balcones de doña Mercedes, pero ella, sin amilanarse, les arrojó pedazos de carbón y

el agua de un baño, al mismo tiempo que respondía a los gritos, con otros en consonancia, logrando que se retiraran sin sufrir mayores molestias.

Lindaba esta casa, hacia México, con la Nº 553 (moderno), grande, típicamente colonial, cubierta con tejas, ventanas que en sus mocedades tuvieron rejas voladas y cuya puerta a cuarterones se abría entre dos pilastras que sostenían un tímpano triangular con sus clásicos copones.

Hasta 1920 existió el cuerpo central y el del lado sur, habiendo sido separada y reedificada antes la parte norte del terreno.

En dicha propiedad vivió, después del 25 de mayo de 1810, la familia del último Virrey, don Baltasar Hidalgo de Cisneros, y es recordada en carta escrita por la señora Virreina doña Inés de Gaztambide.

El año 1840 la habitaba su propietario, don Ildefonso Ramos Mexía, *"salvaje unitario"*, como toda su familia, uno de cuyos hijos, Francisco, prisionero en Quebracho Herrado, fue fusilado en Córdoba por orden del general Manuel Oribe, presidente del Uruguay y jefe militar de la Confederación Argentina.

Por la misma época fué "visitada" por la Mazorca, que rompió las puertas y ventanas que encontró pintadas de color verde, y la porcelana de su vajilla, con filetes o adornos azules.

Lindaba por los fondos con la ocupada por el doctor Lorenzo Torres, conspicua personalidad federal, lo cual no impidió a sus hijas que se pusieran de acuerdo con doña María Antonia Segurola de Ramos Mexía para salvar la vida a su vecino José María Guerra, amenazada por la Mazorca, ayudándole a escapar disfrazado, escalando el muro medianero, según cuenta el interesado en su *"Memoria histórica militar"*.

En 1852 la ocupaba el encargado de negocios de Gran Bretaña, Mr. Robert Gore, y en ella se desarrolló el último acto del drama que duró casi un cuarto de siglo, o sea, el gobierno del Restaurador de las Leyes.

El 3 de febrero de dicho año la ciudad mostraba, con su actitud silenciosa, la ansiedad que embargaba a sus habitantes, quienes vivían horas de incertidumbre sabiendo que en esos momentos se decidían los destinos del país en los campos de Caseros.

De pronto, al atardecer, frente a la Legación de la Gran Bretaña, dos jinetes sujetaban sus caballos cubiertos de sudor y echaban pie a tierra. Uno de ellos, envuelto en un poncho, más para ocultarse que como abrigo innecesario en una tarde estival, y con la cabeza cubierta por una gorra de soldado bien encasquetada, cruzó algunas palabras con quien acudió al llamado hecho a la puerta, y entró, después de decir algo a su acompañante, quien saludó militarmente, volvió a montar y se alejó, llevando de tiro al otro caballo.

El recién llegado era nada menos que don Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires hasta momentos antes, pues venía de enviar su renuncia escrita en el Hueco de los Sauces *, donde se detuviera para cambiar de traje con su asistente al abandonar el campo de Caseros, en busca de asilo en la legación inglesa.

El encargado estaba ausente. Había salido para pulsar el espíritu de la capital en presencia de tanta novedad.

Rosas, siempre imperativo, ordenó le prepararan un baño, para tomarlo mientras volvía Mr. Gore.

Las noticias que éste comunicó no eran tranquilizadoras. El pueblo estaba a la expectativa. Habituado a ver a Rosas salirse siempre con la suya, no podía creer que el éxito le hubiera abandonado esta vez, y temía compromisos manifestando prematuramente su contento por el triunfo de la libertad.

Los fugitivos del ejército rosista iban llegando del campo de batalla y traían noticias de la derrota. Los rumores se confirmaban. Exagerados o falsos, sembraban la incertidumbre y difundían el pánico. Las casas cerraban sus puertas y los ocupantes permanecían indecisos, mientras forajidos y maleantes preparaban el saqueo.

Mr. Gore manifestó a Rosas su temor de ver asaltada la legación cuando se supiera su presencia allí. Pero Rosas lo tranquilizó diciendo: *"No tenga cuidado; aquí está la bandera inglesa que he enseñado a respetar. No vendrán. A este pueblo yo lo he montado, le he apretado la cincha, le he clavado las espuelas; ha corcoveado, pero no es él el que me ha volteado. Son los macacos. Déjeme. Avise a la Niña y esta noche me embarcaré".*

Entonces comenzaron las idas y venidas, entre la legación y la cercana casa de Rosas, de bultos y efectos para el embarque.

Al obscurecer llegó Manuelita Rosas, y como a media noche, cuando comenzaba en la ciudad la algazara de la victoria y el desenfreno de la turba, salen de la legación Mr. Gore, con Rosas apoyado en su brazo, Manuelita con el secretario británico, seis marineros ingleses y unos oficiales de la misma nacionalidad, de uniforme.

Silenciosamente, recorren un camino tantas veces seguido por los muchos que emigraron en busca de una libertad que no existía en su patria.

Más o menos a la altura de la Aduana, cruzan el Bajo y suben a un bote que les aguarda para llevarlos al "Centaur", donde esperan el permiso para pasar al "Conflict", que los llevará fuera del país.

En una reseña objetiva como la presente no caben las reflexiones, pero involuntariamente surgen al evocar la soledad y abandono que rodeó al Restaurador durante sus últimas horas en Buenos Aires,

* Actual plaza Garay - Nota del editor.

donde había dominado sin límites durante más de veinte años. Sus adictos, sus adulones, todos cuantos fomentaron su egolatría, se habían esfumado, y su embarco, de noche, solitario, protegido por bandera extranjera, se ofrece más triste que la retirada de los soldados de Lavalle detrás del caballo que lleva los restos del Jefe muerto, cruzando las soledades del norte, silenciosos, sin alentar otra preocupación que no fuera la de impedir que esos despojos cayeran en manos del adversario, ávido de ellos para profanarlos.

Demos vuelta la hoja.

A mediados del siglo XIX habitaban en grandes casas de esa cuadra y las vecinas las familias de Estrada, Cueto y otras. El poeta uruguayo don Juan Zorrilla de San Martín vivió en el número 691, y allí escribió su famosa obra *"Tabaré"*.

En las cercanías de la calle Chile estuvo un puente llamado *"de las beatitas"*, instalado para facilitar el cruce en terrenos tan inundables como eran los cercanos al zanjón.

Poco antes del Terror, pero cuando la Mazorca ya lo preparaba, en la cuadra entre México y Chile tuvo lugar un suceso que llenó de horror a la sociedad porteña.

Don Santiago Calzadilla lo cuenta más o menos así: Frente a dicho puente vivía el cónsul de Portugal, don José Coelho de Meyrelles, quien ofreció un baile a la oficialidad de los buques de Francia e Inglaterra anclados en el puerto. La fiesta se anunciaba como una de las mejores del año, ya poco propicio para alegrías.

Una de las familias invitadas era la del doctor Manuel Ortiz, casado con doña Crescencia Urien, y sus hijas Ignacia e Isabel. La última estaba de novia con el joven Iranzuaga y no deseaba concurrir, pero él insistió y convinieron fijar allí la fecha de la boda.

La niña estuvo muy agasajada, pues a su belleza reunía otras prendas que la hacían muy atrayente. No obstante, se la notaba preocupada e intranquila. Aun cuando todavía no se había desatado la furia mazorquera, ya se vivía en sobresalto, y como sabía que su novio estaba tildado de unitario, no podía estar tranquila al no verle llegar.

La fiesta terminaba, cuando corrió la voz de un incidente sangriento producido en la calle, sin saberse los pormenores a ciencia cierta.

Las familias comenzaron a retirarse y los oficiales las acompañaban. Una de las primeras en despedirse fue la de Ortiz, y la señorita Isabel iba con un teniente de marina, quien al llegar a la puerta vio un bulto atravesado en el suelo, delante de ella. Dada la oscuridad de la calle, no alcanzó a distinguir quién era, y lo creyó algún beodo caído en la acera. Trató de apartarlo, para

evitar que su compañera tuviera que pasar sobre dicha persona, pero el negro que llevaba el imprescindible farol, para evitar los malos pasos, alumbró al caído, e Isabel Ortiz reconoció a su novio muerto.

Esto le causó un profundo desmayo del cual tardó en volver, y cuando reaccionó había perdido la razón para siempre.

Luego se supo que Iranzuaga fue muerto por error, pues el señalado era otra persona.

Los mazorqueros lo atropellaron y degollaron. Hasta sus últimos momentos pidio un confesor, y sus asesinos le contestaban: *"¡sí! ya te vamos a traer al padre Escola"*, sacerdote al cual habían dado muerte la víspera. Según era costumbre, añadían el escarnio al crimen.

Después empujaron el cadáver hasta dejarlo junto al umbral de la puerta, para que fuera bien visto por los asistentes al baile cuando se retiraran.

Los comentarios decían que la Mazorca obró inducida, para ahogar la fiesta del cónsul de Portugal, intimidando a sus invitados, a quienes se suponía desafectos al Restaurador, puesto que asistían a un agasajo hecho en honor de marinos extranjeros, con la agravante de pertenecer a países cuyas relaciones con Rosas no eran nada cordiales en ese momento.

Además, el obsequiante era extranjero también, detalle importante cuando un nacionalismo exacerbado es instrumento de gobierno en la política interna.

La calle llamada primitivamente de San José, luego Unquera en 1808, Perú en 1822, Representantes en 1836, y desde el 57 nuevamente Perú, contó también con vecinos de fuste en la parte del barrio de Santo Domingo.

En el nº 69 tenía su establecimiento, hotel o restaurante, un negro estadounidense llamado José Smith, quien según don José Antonio Wilde, *"en su trato era un cumplido caballero"*. Su negocio se hizo famoso por los bifes que servía a sus clientes.

Los componentes del "Salón Literario" de don Marcos Sastre celebraron allí el 9 de julio de 1838, la primera reunión de aquella asociación, de cuya trascendencia nadie dudaba. Don Juan María Gutiérrez. uno de los asistentes, dice que en dicha oportunidad *"se improvisó a hurtadillas la última bandera azul y blanca que se viera en Buenos Aires desde muchos años atrás y no volvió a aparecer sino después de febrero de 1852"*, refiriéndose a la enseña rosista puesta en vigor desde 1838, cuyos colores no eran los patrios.

Entre Moreno y Belgrano, nº 359, aún podemos ver la que fue gran casa de don Tomás Armstrong, cuya fachada, no obstante su decadencia actual, conserva un aire señorial de palacio italiano.

Hasta su amplia entrada para carruajes con blancas columnas, llega una espaciosa escalera de mármol por la que se sube al vestíbulo alto.

Cuéntase que cuando una niña de esta familia, después de mediar el siglo XIX, casó con don Federico de Elortondo, este señor edificó una gran casa en la esquina de Florida y Corrientes, y sus suegros se admiraban de que se le ocurriera ir a vivir en un sitio tan apartado.

En la esquina de Belgrano, nº 381 de Perú, en el siglo XVIII se alzó la casa de don Pedro de Medrano, persona de la mejor sociedad que desempeñó cargos de importancia y fue padre del obispo don Mariano Medrano.

Ejemplar típico de la gran vivienda colonial, tenía azotea y una balaustrada sobre el muro de la fachada, novedad arquitectónica entonces, cuando todavía dominaba el techo de tejas a dos aguas, visible desde la calle. Sobre su puerta, una cartela con las iniciales de su dueño, y en el interior se sucedían los patios.

Luego la ocupó doña Rafaela de Vera y Muxica, viuda del virrey don Joaquín del Pino y Rozas, suegro de don Bernardino Rivadavia, por la cual se conoció esta casa con los nombres de *"casa de la Virreyna viuda"* o *"de la Virreyna vieja"*, refiriéndose no a su edad sino al título, pues había otras más recientes.

Durante las invasiones inglesas fue teatro de escenas épicas y se afirmaba que por los caños de desagüe de la azotea caía a la calle la sangre de los heridos.

Después pasó a ser propiedad de la familia Almeida-Cazón, que la legó para institutos de caridad.

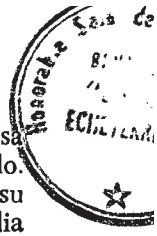
Más tarde se instaló allí el Montepío Municipal, y por último fue conventillo, hasta demolerse para el ensanche de la calle Belgrano.

A su frente, calle por medio, estuvo la casa de don Mateo Ramón de Álzaga, propiedad luego de don Anselmo Sáenz Valiente, como veremos al tratar de la Plaza Chica.

En el nº 463 estuvo la escuela de las señoritas Rodríguez, misias Margarita, Inés y Eulogia, que fueron maestras del grupo de niñas más destacado de su generación, la anterior a la mitad del siglo XIX, que las recordaban con todo cariño. Era una casa pequeña, sencilla, de altos, con un balconcito.

La esquina de Perú y Venezuela se designaba generalmente con el nombre de *"la esquina del poste blanco"*, y en 1839 estuvo vinculada a un suceso dramático muy comentado.

En ella vivía el mayor Manuel Cienfuegos, apresado por haber estado una noche de pie largo rato en la esquina de Moreno y Perú, donde había una confitería muy concurrida por gente de toda clase. Nerviosamente, al parecer, iba de un lado para el otro,



llegando a llamar la atención de la guardia que cuidaba la casa del Restaurador, situada haciendo cruz, por lo cual fue detenido.

Aunque lo apremiaron en los interrogatorios, sólo explicaba su presencia a esa hora en tal sitio, por vivir en Perú, a la media cuadra, su novia, con quien habitualmente hablaba por la reja, y esa noche no aparecía.

Sus explicaciones fueron vanas, y el 7 de enero de 1839 fue ejecutado bajo la inculpación de haber proyectado atentar contra la vida del Restaurador.

En dicho sitio perduró más que sus coetáneas, sin variación alguna hasta no hace muchos años, la vivienda de la familia Nouguier. Cuando se entraba en ella se recibía la impresión de estar en un sitio donde se hubiera detenido el tiempo, pues todo era vetusto y anacrónico, aunque con encanto por ello mismo.

En la cuadra siguiente vivía la familia Fernández de Agüero.

La del nº 553 era una casa sencilla, baja, con tejas. Allí nació, vivió y murió el doctor don Vicente López, estadista, magistrado y poeta. Fue presidente de la República y gobernador de Buenos Aires, pero su mayor título es el de autor del Himno Nacional.

Enfrente, nº 534, nació en 1843 el doctor Pedro Goyena, tribuno parlamentario y catedrático.

Más al sur seguían las moradas de familias pudientes, con sus amplias fachadas y grandes patios, como la de Martínez de Hoz.

La calle paralela a Perú hacia el oeste se llamó San Pedro en 1738, Lasala en 1808 y Chacabuco desde 1822.

Antes de llegar a Potosí * vivía el doctor Manuel J. García, a quien los federales que movía doña Encarnación de Ezcurra quisieron hacerle "una demostración", y en la noche del 29 de abril de 1835 pasaron al galope por frente a su casa disparando sus tercerolas a las ventanas, sin parar la atención en un joven que iba tranquilamente por la acera, quien recibió la descarga, muriendo instantáneamente. Ese joven era Esteban Badlam, sobrino del doctor Mariano Moreno, secretario de la Junta de 1810.

En la actual esquina de Alsina estuvo la farmacia de los Angelitos, muy acreditada y concurrida por tertulianos tanto a fines del siglo XVIII como a principios del siglo XIX.

También estuvo ahí el colegio de don Juan Peña, al cual concurrieron, para aprender a leer, casi todos los próceres de Mayo y la generación siguiente.

Pero esta parte de la ciudad era más bien considerada del barrio de San Juan.

---

* Actual Alsina - Nota del editor.

La esquina S. E. de Belgrano estaba ocupada por don Pedro Díaz de Vivar. Tenía un cuarto de manzana y aún se conserva casi toda, aunque reedificada. Era muy importante y tenía aljibe de mármol.

En Chacabuco y Venezuela estuvo la pulpería de Moreira. Fue negocio importante entre los muchos de su especie existentes en la ciudad, y por eso se recuerda su nombre, cuando el de los otros se ha perdido en el olvido.

Como todas las pulperías, ocupaba una esquina.

Don Manuel H. de Aguirre, primer enviado de las Provincias Unidas para gestionar en Washington el reconocimiento de la Independencia, murió en la calle Chacabuco nº 59, el año 1843.

Más al sur, ya casi fuera del barrio, en Chacabuco entre Independencia y Estados Unidos, hasta no hace muchos años existía un corralón de materiales de construcción en una vieja casa semidestartalada, de muros negruzcos por la acción de los años y la falta de blanqueo.

En lo alto de sus paredes habían nacido algunas plantas al azar del viento que dejó allí las semillas.

Desde la calle, por el portón casi siempre abierto, se veía un patio pavimentado con piedras desiguales, donde las gallinas picoteaban en perpetuo ir y venir.

Todo un cuadro de paz y trabajo en medio de su humildad.

Completamente opuesto era el que hacia 1840 ofrecía el mismo local. Bastaba designarlo con el nombre que se le daba, para provocar escalofríos y silenciar las conversaciones.

¡El cuartel de Cuitiño!

Cuatro palabras que compendiaban el súmmum de la angustia, evocando escenas de horror y espanto.

Sobre el portón de entrada, a justo título y con absoluto derecho, hubiera podido escribirse el verso famoso: *"Lasciate ogni speranza, voi che entrate"*, pues ser llevado allí equivalía a estar sentenciado a muerte, con la agravante de precederla cuantos refinamientos pudo inventar el sadismo de los verdugos a fin de inspirar terror, prolongar la agonía y aumentar el dolor.

Ciriaco Cuitiño, de quien tomara el nombre, había sido sargento de policía durante la jefatura de José M. Somalo.

Pasó luego a integrar el cuadro activo de la Mazorca, perseguidor de *"salvages unitarios"*. Según se refería, el Restaurador le *"sugería"*, ciertas empresas delicadas o de mayor confianza, con una guiñada, media palabra o el tono con que subrayaba una frase casi susurrada, que él interpretaba perfectamente por hábito o similitud de temperamento, supliendo lo que se le callaba por malicia, disimulo o para poder afirmar su ignorancia anterior al

suceso, y atribuirlo a exceso de celo o incomprensión de los ejecutantes, si así le convenía.

Por esos méritos se lo consideraba favorito y de la mayor confianza de Rosas.

En su cuartel pronto dejaron de usarse las armas de fuego para las ejecuciones. Eran demasiado ruidosas y, sobre todo, expeditivas. Se prefirió el cuchillo, que permitía graduar el dolor y al cual los subordinados de Cuitiño estaban más habituados a manejar.

Adoptaron, pues, el degüello, y lo realizaban a la vista de correligionarios acorridos para presenciar escenas que comentaban con algazara y festejaban con risotadas y palabrotas, mofándose de las víctimas, ya fuera que estuvieran vencidas por el terror o desafiaran altivamente a los victimarios.

Otras veces se entusiasmaban ante el *"virtuosismo"* de los ejecutores, demostrado al prolongar la agonía o aumentar los sufrimientos, mientras la víctima se debatía contra sus asesinos o se desangraba entre los estertores de la muerte.

La impunidad y los aplausos de un público grosero, ávido de sensaciones malsanas, desarrolló la inventiva e hizo adoptar, para ciertos casos de preferencia, el uso del serrucho de carnicero, instrumento profesional para muchos de ellos.

El vecindario, entretanto, vivía horas de pesadilla, oyendo los quejidos, las imprecaciones, los ayes, mezclados con alaridos de triunfo, exclamaciones de aplauso y gritos de aliento.

Para silenciar algo esa impresión de espanto que hacía mudarse a los vecinos que podían hacerlo, se les ocurrió agregar una charanga con instrumentos ensordecedores, manejados con todo brío, creyendo ahogar así los gritos de las víctimas que perdían la vida a cuchillo limpio o a serrucho sucio, al compás de *"La refalosa"*, coreada por los presentes a voz en cuello:

"El que con salvages tenga relación,
la verga y degüello por esta traición.
Que el santo sistema de la Federación,
les da a los salvages, violín y violón."

Así, pues, hasta sitios distantes alcanzaba la algarabía de esas orgías de sangre y crimen, preludios de lutos y duelos.

Las calles transversales también estuvieron bien habitadas.

La barranca dificultaba el acceso al Bajo, y los esfuerzos edilicios para facilitarlo se malograban a causa de las ruedas de las carretas que formaban huellones profundos, inmejorables para estropear la calzada cuando las aguas la convertían en fangal.

El tránsito, a pesar de todo, era permanente, en especial por los carros aguateros que iban al río para buscar el agua que luego distribuían entre sus clientes por canecas.

Su paso daba movimiento a la calle y bullicio con los gritos de los carreteros, el chirriar de las ruedas con ejes sin engrasar y el tintineo de la campanita anunciadora.

La calle de Santo Domingo, luego Pirán, y a partir de 1822, Belgrano, desde su origen estuvo entre las preferidas por familias respetables, y fueron vecinos en la cercanías del templo el capitán Juan de Garay el mozo y su cuñado Alonso Palomino, entre otros.

En el siglo XVIII, don Domingo de Basavilbaso tuvo su casa en el primer tramo. Dueño de grandísima fortuna y amante del lujo y de cosas artísticas, ella fue exponente de la gran casa porteña.

Hermoso ejemplar de arquitectura civil colonial, llegó a nuestros días. Aunque muy arruinada y en plena decadencia, con su frente enterrado hasta casi la mitad de su altura como consecuencia de sucesivas nivelaciones y empedrados de la calzada, todavía atraía la mirada del pasante, ocupando toda la cuadra entre el Bajo y Balcarce.

Las graciosas líneas de la cornisa y cimasa, sus pilastras y la puerta de madera dura con tableros a cuarterones de molduras bien acentuadas, eran un modelo en su género.

Las ventanas, naturalmente, tenían rejas voladas con sus *"flores"* características.

En el interior, un vasto corredor cubierto de tejas cuadraba el patio, que se comunicaba con el Bajo por un ancho portón.

La tradición dice que fue la primera casa que tuvo aljibe, y eso contribuyó a hacerla famosa en la ciudad.

Pasó por herencia a la familia de Azcuénaga, que la alquiló para Aduana. Cuando hubo otra más nueva, se la conoció con el nombre de *"Aduana vieja"*. Hace poco mencionamos el portón de la calle Balcarce.

En ella nació, en 1754, el después brigadier general don Miguel de Azcuénaga, vocal de la Junta Provisoria establecida el 25 de mayo de 1810, y otros meritorios servicios prestados al país

Mucho después la habitó, con su familia, don Manuel José de la Valle, en razón del cargo que ocupaba en la Aduana, por cuya circunstancia allí nació en 1797 su hijo Juan Lavalle, guerrero de la Independencia y del Brasil, gobernador de la provincia de Buenos Aires y jefe de la cruzada libertadora de 1840.

A la derecha del templo vivió don Gregorio G. de Tagle, de larga y discutida actuación política.

Frente al atrio, durante el período de transición del siglo XVIII al XIX, vivieron las familias de Oyuela, Caviedes de Martínez y el coronel mayor don Ignacio Álvarez Thomas, militar de la Independencia y político.

Entre Defensa y Bolívar estuvo la casa donde nació y murió el general don Manuel Belgrano, prócer de la Revolución, jefe militar y creador de nuestra bandera.

A su lado, número 450, se edificó en 1778, por la familia Monteros de Espinosa, una gran casa más conocida por el nombre de un dueño posterior, el señor Constanzó, y que, según el tradicionalista doctor Pastor S. Obligado, el vecindario llamaba *"de las abadesas"*, en mérito de haberlo sido varias señoras de dicha familia.

Tenía 50 habitaciones, hermoso pórtico, rejas voladas y, como rasgo especial, se puede mencionar el balcón sobre su puerta, dentro del artístico conjunto que la hacía aparecer como una habitación, y no era sino una fachada. Esto, y una interesante balaustrada, le daban un sello especial.

En su gran patio tenía un aljibe con brocal de mármol y arco de hierro artísticamente forjado, que hoy conserva don Antonio M. Barreto.

También se conocía la existencia de un vasto subterráneo cuyo objeto nunca se explicó a ciencia cierta, lo cual bastaba para dar pábulo a los chismes del público, que fantaseaba libremente respecto de su origen, uso y finalidad.

Como la mayor parte de las hermosas residencias, terminó en conventillo. Era tan grande que se le conoció con el nombre de *"las 14 provincias"*.

A media cuadra *"hacia el campo"*, tuvieron su primitiva casa de familia y negocios los Martínez de Hoz.

También a media cuadra estaban *"los altos de Sarratea"*, donde vivieron unas señoras Rubio, distinguidas personas que gozaban de buen concepto y general aprecio. Recibían huéspedes de calidad, como era frecuente hasta que hubo hoteles aceptables. Con ellas residió el doctor Enrique Bond, médico graduado en la Facultad de Maryland, quien casó en 1825 con una hermana del Restaurador de las Leyes.

Entre Bolívar y Perú, número 213 antiguo, habitó doña Javiera Carrera, eficaz y fiel colaboradora de sus hermanos, los generales chilenos de su apellido, de trágicas muertes después de agitadas vidas. Fue mujer hermosa y de talento, vehemente en su apasionamiento patriótico.

En la misma calle vivieron las familias de Huergo y de Senillosa, el ingeniero catalán que cooperó con Rivadavia en muchas empresas.

Otra calle bien habitada fue la del Rosario, hoy Venezuela. Los sucesos históricos acaecidos en ella durante las invasiones inglesas se comentan más adelante.

Frente al muro del corralón del convento, número 334, estuvo la casa de don Juan Manuel de Labardén, licenciado erudito y

funcionario colonial. También vivió allí, y tal vez naciera, su hijo Manuel José, acreditado poeta, autor de obras teatrales como *"Siripo"*, de larga fama.

Calle por medio con el paredón de Santo Domingo, que entonces llegaba hasta Balcarce, hubo una casa grande, de aspecto solitario, donde funcionaron las históricas logias Lautaro y Gran Logia, que actuaron por iniciativa del general don José de San Martín, según se dice.

Allí se reunía, más o menos secretamente, un grupo de jefes militares y civiles de prestigio, para discutir planes y resolver actos de trascendencia para el futuro de la Patria.

Pasando la esquina de la Matanza (Defensa), con el número 469 actual, podemos ver todavía la fachada de la casa que habitó don Santiago de Liniers, virrey y conde de Buenos Aires. Pertenecía a su suegro, don Martín de Sarratea, y hoy es monumento histórico, en homenaje al jefe de las jornadas de 1806 y 1807.

En la cuadra siguiente, número 584, falleció Juan M. de Figuereido, el 21 de agosto de 1821. Era diplomático portugués y el primero que reconoció la independencia argentina, según lo recuerda una lápida de mármol puesta en la fachada.

En la misma cuadra comenzó a reunirse, a principios del gobierno de Rosas, el grupo de estudiantes que organizó la *"Asociación de estudios históricos y sociales"*, que, después de pasar por vicisitudes y transformaciones, se convirtió en la *"Asociación de Mayo"*, de brillante recuerdo.

Uno de sus componentes, el doctor don Juan María Gutiérrez, habitó y murió en el número 560, después de una larga vida bien cumplida.

Por 1840 vivían, a mitad de esta cuadra, el general don Matías Zapiola, que peleó en Trafalgar y fue soldado de la Independencia con brillante foja de servicios, y el doctor Lorenzo Torres, gran abogado que actuó en política en tiempo de Rosas y continuó después de Caseros en la obra de la organización nacional. En el número 84 antiguo vivió don José María Rojas y Patrón, personaje de relieve durante la dictadura de Rosas, al cual sirvió sin empañar su nombre.

Entre Perú y Chacabuco vivió misia Antonia de Luca, hermana del poeta don Esteban de Luca y de don José Manuel, director de Correos, ministro de Hacienda, etcétera, viuda de don José de Darregueyra, diputado al Congreso de Tucumán y, como tal, firmante del Acta de la Independencia en 1816. Madre de un hijo muerto en Famaillá, lo era igualmente de José y Adolfo Darregueyra, oficiales en la cruzada libertadora de Lavalle, durante la cual fueron hechos prisioneros y traídos a Buenos Aires.

Encerrados en calabozos del Cabildo, se esperaba por momentos la noticia de que los habían sido ejecutados. La señora hizo cuanta gestión le inspiró su amor de madre, hasta alcanzar la orden de excarcelación después de once meses de prisión.

Los presos, durante tan largo tiempo, carecieron en lo absoluto de comunicaciones, al extremo de ignorar el uno la suerte del otro. Como única distracción o refinamiento de maldad, les era permitido mirar por el ventanillo del calabozo la parte del patio donde se aplicaban los castigos y llevaban a cabo las ejecuciones.

Los carceleros no perdían la oportunidad de anunciarles su próxima muerte con términos apropiados para aumentar el horror de su situación.

Naturalmente, ignoraban las gestiones de su madre, solicitudes al Restaurador, súplicas a Manuelita, ruegos a cuanta persona creía que pudiera influir en su favor; y las respuestas, unas veces alentadoras, otras secas y terminantes, como para convencerla de la inutilidad de su pedido de clemencia.

Por fin se les notificó el perdón, y al mismo tiempo abrieron a ambos hermanos las puertas de los calabozos, y de golpe se encontraron frente a frente, con la emoción consiguiente, experimentando tal choque moral después del debilitamiento sufrido como consecuencia de tan largo encierro, que al separarse del estrecho abrazo que los unió, su razón al parecer estaba nublada, y aun cuando alcanzaron a vivir muchos años, tuvieron una existencia opaca, inútil para sí y para los demás, pues nunca recuperaron la plenitud de sus facultades.

En el nº 730 tuvo su casa don Manuel Mateo Masculino, con su familia. Fue el inventor de los famosos peinetones, moda porteña de 1830, que dio tanto tema a los caricaturistas. Su hijo Manuel Bernardino tuvo fama de ser uno de los jóvenes mejor dotados de Buenos Aires en su físico y como elegante. Había en esa casa, hasta bastante entrado el siglo xx, un muro cubierto con azulejos españoles formando un artístico cuadro de hermoso colorido y buen gusto que, en parte, fue trasladado al Museo Colonial de Luján.

En la esquina O. y N. de Bolívar y Venezuela actual, vivió el capitán Domingo de Acassuso, fundador del templo de San Isidro Labrador, en el Monte Grande, origen de la pintoresca ciudad de su nombre en el Gran Buenos Aires, y principal contribuyente para el de San Nicolás de Bari en la esquina de Carlos Pellegrini y Corrientes, donde se alojaron, a su arribo de Chile, las monjas capuchinas fundadoras del Convento de San Juan en nuestra capital.

Muy cercana a él, calle por medio, tuvo su casa doña Teresa de Armasa y Arregui, hija del capitán José de Armasa, gobernador de Tucumán, fallecido en 1737, y de doña Ana María de Arregui,

primera abadesa del convento de Santa Catalina de Sena y hermana de los obispos Arregui...

En la misma calle, entre Lima y Salta, estuvo *"la jabonería de Vieytes"*, uno de los lugares donde se reunían los precursores del movimiento de mayo de 1810 y discutían las incidencias de aquellos días históricos.

En esa calle también vivió, frente a la familia Esperón, el doctor Antonio Faure, médico catalán, uno de los primeros catedráticos que enseñó medicina en Buenos Aires.

En la esquina de la Verde, calle Balcarce, comenzaba la calle México, antes San Bartolomé, Agüero y del Hospital.

El edificio más importante de la calle estuvo en la esquina de Defensa. Fue el Hospital, del cual nos ocuparemos, en detalle, más adelante.

Haciendo cruz con él estaba la casa de Aoiz, que hubo de ser el convento de monjas dominicas, ya mencionado.

En la acera con frente al norte, el 10 de junio de 1776 se escrituró una finca cuyo terreno media 35 varas por 70 de fondo al sur. La vendían los señores presbítero Francisco de Arozarena y su hermano Juan Antonio, a don Juan Martín de Pueyrredón, por la suma de $ 3.651, quien formó allí su familia y cuyos hijos brillaron en los sucesos de la Independencia. Probablemente allí nació, el 18 de diciembre del año de la compra, don Juan Martín de Pueyrredón, Director Supremo de las Provincias Unidas, y figura prominente de la Argentina.

Para dar una idea de lo que era una casa-habitación de una familia pudiente de la época, transcribiré la descripción que hace el inventariador de los bienes sucesorios de la testamentaría de don Juan Martín de Pueyrredón. Dice:

"... el citio que ocupa la casa que sirvió de morada a dho finado, sita media cuadra al Oeste de la yglesia del Real Hospital Belermitico, que se compone de treinta y sinco varas de frente al Norte y setenta de fondo al Sur.

"... dha casa que se compone de las Piezas siguientes. Al frente de la calle sinco cuartos y un zaguan, en el Patio Principal de dha casa, al Norte una sala, Dormitorio y Recámara y un comedor, una Alcova techada de azotea, al Leste dos Piezas mas y un pasadiso para el patio al Sur, un corredor y un cuarto de media Agua, en el traspatio, Tres quartos de Media Agua para criados, una cosina, corredor y un pasadiso para el corral, y en dho corral, un corredor de Diez y seis varas de largo, y lo restante del terreno sercado de Pared para Guerta..."

Fuera de esto tenía un pozo de balde, un horno pequeño de cocer pan, cuatro naranjos chinos, uno agrio, siete limoneros y cuatro parras variadas.

En la actual nº 524 tuvo la suya don Manuel José González de Cueto a comienzos del siglo XIX, adquirida no hace mucho por la Sociedad Argentina de Escritores con el propósito de restaurarla e instalarse. Conserva detalles de buen gusto e interés, como ser las rejas de la puerta cancel y balaustrada de la azotea, de estilo Directorio.

Entre Perú y Chacabuco vivió la familia de Calzadilla, que produjo a don Santiago, ocurrente narrador de cosas sin trascendencia del pasado, que muchas veces hemos consultado.

Llegamos por último a la calle del Zanjón, San Andrés en 1769, Capdevila en 1808 y Chile desde 1822, considerada el límite del barrio de Santo Domingo por el sur.

La circunstancia de correr por ella, o sus proximidades, las aguas arrastrando cuanto hallaban a su paso, ahondando el cauce, dificultó la edificación de moradas hasta después de solucionarse el problema de los desagües.

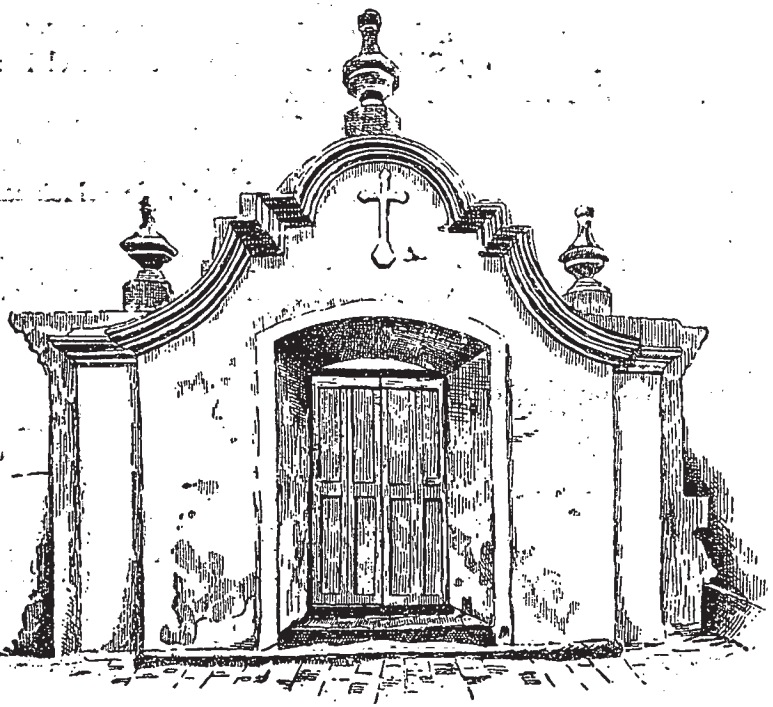
Según ya vimos, en Defensa estuvo el puente de Granados y en Bolívar el de las Beatitas. Ambos ayudaban a cruzar el paso difícil más bien mal que bien.

Hasta no hace muchos años se veían, antes de llegar a Defensa, algunas casas de alto, de buen aspecto. Según se dice, desde sus balcones el general Lavalle habló al pueblo de Buenos Aires el 1º de diciembre de 1828, antes de salir a campaña en persecución del gobernador Dorrego, al pronunciarse contra él.

La epidemia de fiebre amarilla de 1871 puso de manifiesto las malas condiciones higiénicas de las viejas casas, ocupadas en su mayoría por conventillos, donde hubo cuadros de miseria impresionantes.

En una de la calle México tuvo lugar un hecho que conmovió a la población.

El doctor Eduardo Wilde recorría esas cuadras yendo de puerta en puerta durante los peores días del azote, cuando le pareció oír un gemido lastimero en una dirección no muy determinada. Se detuvo para orientarse y penetró en un zaguán de donde creyó que provenía. La casa estaba abierta y al parecer abandonada, pero conforme avanzaba en su interior el gemido se oía más claramente. Entonces miró cada habitación y, en una del fondo, vio a una persona sin conocimiento, completamente sola. Digo mal, pues tenía un perro, que era el que gemía y había atraído su atención. Las personas habían huido, abandonándola, pero su perro pedía socorro, y así pudo el doctor Wilde prestarle auxilio y salvarla.



Detalle de la casa de Constanzó, Belgrano 450. Parte interna de la fachada, en la azotea. Balcón para ver las procesiones.

Honorable Sala de ... BIBL... "ESTEBAN ECHEVERRIA"

ARQUITECTURA

La de este barrio no se diferenció de la del resto de la ciudad, no obstante haberse formado en torno de uno de sus templos más lujosos y contar con un grupo selecto de familias por su antecedencia y fortuna.

Las moradas primitivas, hechas con adobes y cañas, no pasaron de simples ranchos, muchos de los cuales carecían hasta de puertas, haciendo sus veces cueros sin curtir colgados del dintel, que cerraban los vanos.

Por ello, seguramente, es que nadie menciona ninguna casa ni edificio público de importancia, durante el siglo XVII. Todas las construcciones nacían condenadas a breve vida y a reconstrucción a corto plazo.

Da medida de la calidad de los muros el sonado robo de caudales, hecho nada menos que en las Cajas Reales, uno de los edificios que existían dentro de los murallones del Fuerte, o sea la residencia de las más altas autoridades y sede de las principales oficinas del gobierno colonial.

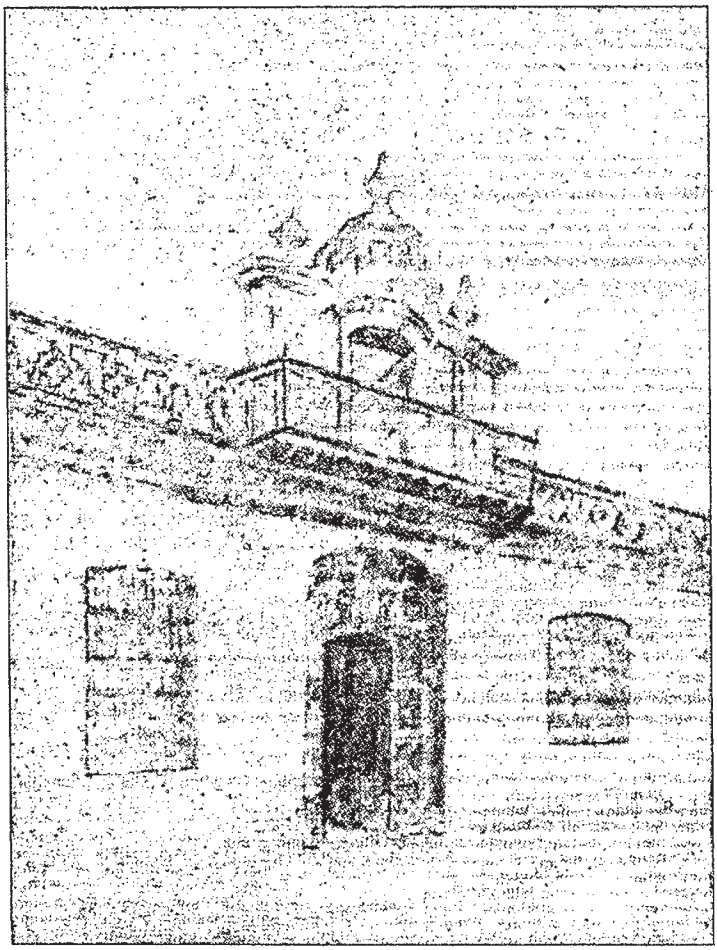
El robo se llevó a cabo en 1631, horadando el muro exterior para sacar las talegas, tarea más fácil que la de violentar las puertas de madera dura y cerrojos de hierro que las aseguraban.

Pero este estado de cosas fue cambiando a medida que mejoraba la situación económica, pública y privada.

La creación del Virreinato dio categoría a las autoridades civiles y militares, haciéndose ya imposible alojarlas en las antiguas viviendas.

La Iglesia también necesitó templos en consonancia con el nivel alcanzado por la ciudad.

En el barrio de Santo Domingo, el más aristocrático de la capital, se alzaron grandes casas para las familias más representativas de la sociedad porteña. Pero lo deleznable de los materiales empleados ha sido causa de que no haya quedado ninguna para recuerdo de lo que fueron en su época de oro. No podemos juzgarlas sino por fotografías tomadas en días de completa decadencia, cuando ya hacía tiempo que estaban abandonadas.



Fachada de la casa de Constanzó, Belgrano 450.

Las más antiguas tenían su techo de tejas a dos aguas, con una fachada más o menos amplia, según la importancia del edificio. La portada era coronada por un crestón o tímpano con cornisas, molduras y adornos del estilo llamado jesuítico entre nosotros (barroco), rodeando cartelas con la fecha de la edificación y a veces, muy pocas, algún escudo familiar.

Varios copones sobre la parte más elevada, completaban el conjunto.

La puerta, de madera dura del Paraguay, estaba adornada con cuarterones y molduras de variados dibujos, lo que le daba un aspecto interesante.

Cuando la portada era amplia, tenía postigos para el uso diario, pues las hojas grandes no se abrían sino en contadas oportunidades.

Pilastras con capiteles sencillos la separaban de las ventanas, y si éstas eran muchas, a veces también las había entre ellas.

Como las calles prácticamente carecían de iluminación, dichas pilastras fueron utilizadas para atracos nocturnos, pues a su favor se ocultaban más fácilmente los malandrines. Por esta causa, durante el ministerio de Rivadavia, como medida de seguridad, se ordenó su supresión hasta una altura prudencial.

Las ventanas, en general, tenían guardapolvo, que seguía la curva del dintel bien saliente, cuya sombra, al proyectarse sobre el enjalbegado del muro, lo pronunciaban aún más.

La peculiaridad de las fachadas porteñas la constituían las rejas voladas que cerraban sus ventanas. Avanzaban sobre las estrechas aceras de vara y media, con sus clásicas S.S.S.S. llamadas *"flores"*, en las cuales se mostraba la habilidad de los herreros y su fantasía, en verdad no muy variada.

Formaban una especie de jaula, en cuyo interior se agrupaban las niñas de la casa con sus amigas, para conversar y atisbar el movimiento del barrio.

También hubo que suprimirlas por los accidentes que motivaban en la obscuridad callejera, pues era frecuente que los peatones las llevaran por delante, lastimándose.

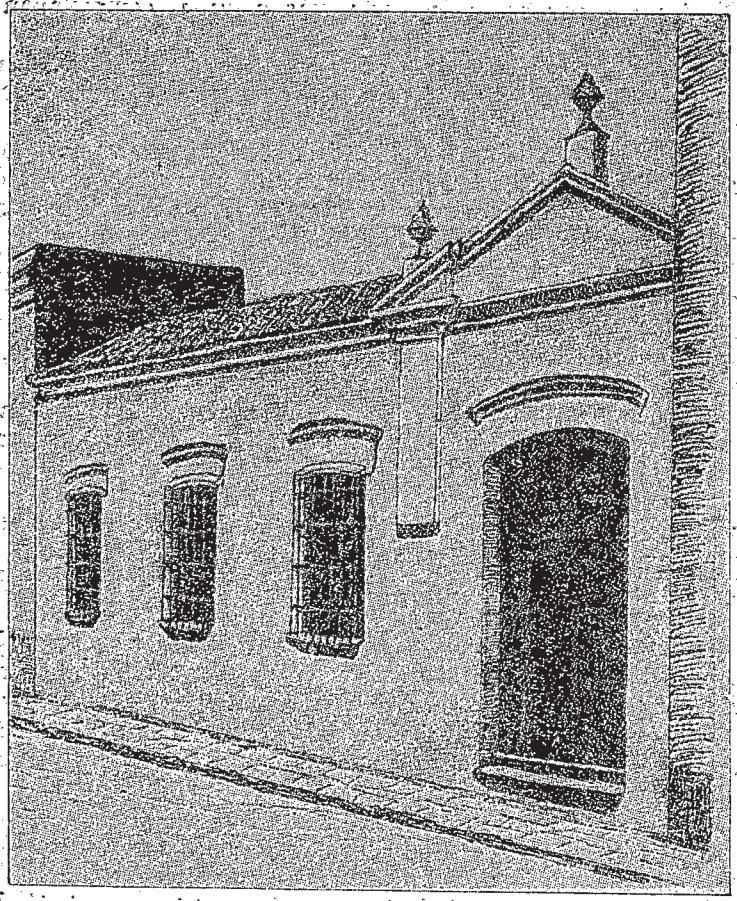
Modelo de la gran casa de este estilo fue la edificada por don Domingo de Basavilbaso en la calle Belgrano entre el Bajo* y Balcarce, conocida por *"de la Aduana vieja"*, ya descripta antes.

Vino luego la novedad de las casas con azotea, suprimiéndose las tejas. Ejemplo de ellas fueron la de Constanzó y la de la virreina viuda. Comenzaron también a verse altos, pero muy pocos.

Para mediados del siglo XVII comenzó a usarse el enjalbegado en los edificios públicos, religiosos y civiles. Luego se empleó en

---

* Hoy Paseo Colón - Nota del Editor.



Casa de Ramos Mejía, que en 1852 era Legación de Inglaterra. (Parte de la fachada que subsistió hasta 1922), Bolívar 553.

fachadas particulares y por último se generalizó a los interiores. Casi siempre predominó el color blanco, aun cuando solía darse otro a las cornisas, pilastras, etc., siendo preferidos el ocre y el azul fuerte.

Durante los años más predominantes del gobierno de Rosas dominó el rojo en puertas, primero, y luego se extendió a toda la fachada, excluyéndose en absoluto el verde, que antes era usual en las maderas, no volviéndosele a ver hasta después de Caseros.

Los mismos principios imperaban en casas más modestas, con la natural simplificación de los frontis y sus adornos.

Unas y otras tenían huerta para aves de corral, terreno para extender la ropa, y algún frutal, higuera o parra.

A veces había horno para pan y pasteles, caballerizas y cocheras para *"la volanta"* que llevaba a la familia a la estancia o quinta lejana en San Isidro, San Fernando o Morón, y para el caballo del señor, elemento indispensable de movilidad.

En ciertas casas existía un aljibe, desde fines del siglo XVIII. Se repite que el primero estuvo en lo de Basavilbaso.

Esto que nos parece un detalle sin importancia, era, al contrario, considerado entonces de otra manera.

El agua para beber y usos de higiene era artículo de lujo, y obtenerla, una preocupación permanente, con solución momentánea, puede decirse, a pesar de levantarse la ciudad a orillas de uno de los ríos más amplios del mundo.

El suministro del precioso líquido estaba a cargo de los aguateros, y el tintineo característico de sus campanillas se escuchaba a toda hora del día al unísono con el chirriar de los ejes de las ruedas, faltos de grasa.

Pero este procedimiento no satisfacía.

El agua era mala, sobre todo cuando había bajante, pues los aguateros, para evitarse molestias, llenaban su barril en los pozos cercanos, donde había quedado estancada, sin preocuparse del estado poco higiénico en que se hallara como consecuencia del abandono reinante en todo el Bajo, con sus basuras fermentadas y aguas pútridas. El doctor doctor Vicente F. López, que conoció eso en la primera mitad del siglo XIX, dice que las orillas del río eran un muladar de servicio común y de desperdicios, a pesar de lo cual se tomaba allí el agua para el consumo.

Además de mala, era cara y escasa, pues se vendía por canecas. Escaseaba en cuanto se ponían malas las bajadas al río por efecto de las lluvias y el mal estado de las calles sin pavimentar.

La innovación del aljibe significó un progreso que todos quisieron aprovechar, aspiración más fácil de satisfacer en cuanto fueron aumentando las azoteas.

Casa de Elía, Balcarce 521 (1946).

Los brocales variaban según el gusto y las posibilidades del propietario. Con arcos de hierro forjado donde se colgaban coronas de plantas del aire, cuyas flores, en épocas románticas, servían de prenda de amor, formaban un conjunto ornamental en el patio.

El general Lucio V. Mansilla, refiriéndose a lo que oyó en su niñez, dice: *"Esto del «aljibe» que no parezca nota baladí. Las fincas que lo tenían eran contadas, indicantes de alta prosapia o de gente que tenía el riñón cubierto, daban notoriedad en el barrio; prestigio, y si por la hilacha se saca la madeja, tal o cual vecino pasaba por grosero por los muchos baldes de agua fresca que pedía; y tal o cual propietario por tacaño, porque sólo a ciertas horas no estaba con llave el candado de la tapa del precioso recipiente."*

El siglo XIX multiplicó las casas de alto, tan contadas en el anterior, así como el uso de la puerta cancel de hierro forjado con adornos y dibujos semejantes a las de Andalucía, cuyos patios, albercas, plantas y distribución, eran copiadas por las porteñas.

Entonces comenzó el empleo de llamadores en las puertas de calle, de hierro primero, luego la infaltable mano de bronce reluciente en las casas de lujo, o de hierro en las modestas, de los cuales en días de luto se colgaba un lazo negro.

Con ellos desapareció el batir las manos en el zaguán, con el consabido "¡Ave María Purísima!", que era contestado por el ladrido del perro anticipándose a la consiguiente respuesta "¡Sin pecado concebida!", que precedía a quien se adelantaba a recibir al recién llegado.

Entonces también se puso numeración a las casas y como no había un tipo fijo, solían verse algunos en artísticas chapas de mármol sobre la parte alta del arco de la puerta de calle.

Honorable Sala de Representantes
BIBLIOTECA

PLAZUELAS

El término *"plaza"* no siempre tuvo el mismo significado en Buenos Aires. Primero fue sinónimo de mercado. Eran *"huecos"* mayores que los muchos esparcidos por toda la ciudad, en los cuales paraban las carretas portadoras de productos del interior para mercar, operación hecha unas veces en los mismos vehículos, y más generalmente en el suelo, donde los exponían sobre mantas, telas o cueros, formando un conjunto abigarrado, mientras gente del pueblo, negros y mulatos, también ofrecían sus mercancías a gritos, cruzando dicharachos entre sí y con las compradoras, al mismo tiempo que corrían a perros y chiquillos, siempre prontos para aprovechar una distracción y pescar en río revuelto.

Seguramente el conjunto ofrecía color y animación, aun cuando la higiene brillara por su ausencia.

Esto terminó al fijarse sitios con destino exclusivo para mercar, pero todavía se estaba muy lejos de la plaza-jardín de nuestro tiempo.

En el reducido espacio del barrio de Santo Domingo no hubo ninguna plaza que lo fuera en realidad, no obstante llamarse *"Plaza chica"* o *"Plaza chica de Santo Domingo"* a la esquina S. E. de la manzana comprendida por las calles hoy de Belgrano, Perú, Bolívar y Moreno, *"aunque no sabemos la razón de este título, porque no tiene espacio de tal"*, como al decir de don José Torre Revello escribía don José M. Cabrer en 1801.

Era menos de un cuarto de manzana, de manera que más bien podía considerarse la mayor de las plazuelas de Buenos Aires. Posiblemente por este motivo no figura en ninguno de los planos de la ciudad, salvo el de Charlevoix, y no se la menciona sino ocasionalmente, a pesar de la importancia de los comercios establecidos en ella y la categoría de sus vecinos.

En 1779 fue teatro de un suceso que provocó animados comentarios en tertulias y corrillos de la gente importante y elemento oficial.

El asunto fue un pasquín burlesco en el cual se aludía a numerosas personas de figuración en la sociedad porteña. Lo dejaron en casa de un mozo asturiano llamado Nicolás del Campo, que luego

casó con una Maciel y fue tronco de respetables familias. Su compañero Miguel Zamora lo entregó al capellán del virrey, comenzando a ocuparse de él en el Fuerte.

Sirvió para cabeza de un proceso tendiente a descubrir a su autor, pero no se logró esta finalidad.

Eso de los pasquines era bastante frecuente. Careciéndose de periódicos, no había oportunidad para ejercitar el espíritu socarrón del pueblo porteño de entonces.

Era, al mismo tiempo, más fácil de conservar el incógnito que con los anónimos puestos en boga unas décadas después; y más inofensivos, pues en general se limitaban a señalar defectos físicos o debilidades morales, en forma que si bien al interesado seguramente no le causaban gracia, tampoco podían ofenderle.

Casi siempre, como en el caso recordado, se arrojaba por una ventana dejada abierta, o en el zaguán, a favor de la poca iluminación nocturna, unas veces con destinatario y otras sin él.

La plaza chica, a mediados del siglo XVIII, era el centro de las grandes casas de exportación e importación, así como de depósito de vinos españoles, y continuó siéndolo hasta bien entrado el siglo siguiente.

Don Mateo Ramón de Alzaga —persona de mucha significación en la sociedad porteña, teniente de Correo Mayor, cabildante y jefe de importantes empresas mercantiles— tuvo su casa de familia y negocio en una propiedad con dos frentes, uno a la Plaza chica y otro a la calle Perú.

Su viuda, doña Francisca de Cabrera, después de contraer segundas nupcias con don Cornelio de Saavedra, futuro presidente de la Junta Provisoria de 1810, la vendió a don Anselmo Sáenz Valiente, igualmente vecino conspicuo, dueño de vastas empresas extendidas por todo el virreinato, Chile y Perú, ocupante de muchos cargos concejiles y otros, pudiendo recordarse el de alcalde de segundo voto en 1806, cuando se produjo la invasión inglesa, en cuya oportunidad prestó tan señalados servicios que se pidió para él la merced de un título de Castilla.

Por tradición se cuenta en la familia que, desde la puerta y ventanas, sus moradores atisbaban los movimientos de las tropas inglesas que ocupaban el templo y convento de Santo Domingo.

Allí murió doña Juana María de Pueyrredón, casada con Sáenz Valiente, patriota entusiasta, que se señaló por su adhesión a la causa de la Revolución secundando a su hermano, el después general don Juan Martín de Pueyrredón.

En años posteriores tuvo su comercio, sobre dicha Plaza, don Juan de Souza Montero, importante mercader portugués, y en el mismo local se instalaron más tarde los hermanos Leopoldo Anacarsis, Teófilo y Juan Lanús.

También fue vecino, allí, don José María Romero, conocida personalidad de la sociedad porteña, suegro del general don Prudencio Ortiz de Rosas (hermano del Restaurador) por su matrimonio con doña Etelvina Romero, una belleza de su generación, casada en segundas nupcias con el doctor Miguel García Fernández, magistrado y escritor, autor de varias piezas teatrales.

Con el nombre de *"plazuela"* se designaba el espacio libre de edificación existente frente a los templos, que se confundía con su atrio y servía para desahogo de los fieles al salir de ceremonias muy concurridas, organizar las procesiones y escuchar la lectura de bandos y pregoneros, anunciada previamente por un redoble de tambores.

En ocasión de proclamar un nuevo monarca, los cortejos encabezados por el alférez real se detenían en ellas para llenar su cometido, entre la algazara de los chicos y el comentario de los mayores.

A veces se alzaba un tabladillo para ofrecer ciertas breves piezas de teatro, como número de los festejos. Quedó la crónica de los celebrados en 1747 con motivo de la jura del rey don Fernando VI en la plazuela del Hospital, Defensa y México, donde se ofrecieron obras de Calderón de la Barca y de Moreto, con intermedios de canto y música.

En cambio, la proclamación de Fernando VII se hizo en el atrio de Santo Domingo, en medio de tanta frialdad, que, según el doctor Mariano Moreno, *"fue necesario que los bastones de los ayudantes provocasen en los muchachos la algazara que las monedas no excitaban"*.

A veces en esos sitios establecían "bandolas", especies de ferias con carácter precario y duración limitada a los días de función en el templo vecino, con general contento de la negrada de servicio y chiquilines del barrio, clientes seguros para comprar baratijas.

En ellas también se quemaba, para Pascua, algún Judas, con sus cohetes y bombas, aunque naturalmente de menor importancia que el de la Plaza Mayor, adonde concurría mucha gente, pues además se agregaban números que daban ocasión para bullicio y alegría popular.

Honorable Sala de Repres
BIBLIOTEC
"ESTE
ECHE
A"

EL TEMPLO Y EL CONVENTO DE SANTO DOMINGO

Dieron su nombre al barrio.

Los primitivos estuvieron en la manzana limitada por las calles llamadas hoy Reconquista, Sarmiento, 25 de Mayo y Cangallo, en pleno barrio Recio, donde el fundador, general Juan de Garay, les donó tierras al hacer el primer reparto de solares en la ciudad de La Trinidad.

Pero la ubicación no satisfizo al vecindario, por considerarla distante o, mejor dicho, a trasmano del centro urbano, que era en las cercanías de San Francisco.

Mediante compras, permutas y donaciones, la Orden de Predicadores fue adquiriendo porciones de la manzana formada por las actuales calles Defensa, Belgrano, Venezuela y Balcarce, donde levantaron los edificios necesarios.

Los terrenos primitivos, con las precarias construcciones que tenían, fueron vendidos; no obstante, su conjunto, así como sus vecindades, se conocieron bastante tiempo con el nombre de "*Monasterio viejo*".

Como las calles no estaban bien delineadas y siempre hay tendencia al abuso, los dominicos se fueron extendiendo y llegaron al bajo, cerrando el paso donde les pareció conveniente hacerlo, a ejemplo de sus vecinos, los franciscanos.

Naturalmente no necesitaban tanto espacio para el templo y convento, pero lo usaron para huerta y corral de ovejas y otros animales de consumo, con las consiguientes protestas de los vecinos inmediatos, que veían pasar esos animales a sus terrenos, merced a la deficiencia de los cercados. También hubo un pequeño cementerio junto al convento.

El Cabildo intervino numerosas veces para avenir intereses encontrados, y por último resolvió ordenar a la comunidad que sacara sus ovejas al campo, terminando así el conflicto.

La construcción del templo duró años, y después ha sido reedificado, pues la fábrica primitiva era deficiente en sumo grado.

En el curso de la obra se produjeron varias incidencias. Los libros capitulares de 1674 guardan constancia de la provocada con

motivo de edificarse una capilla en honor de Santa Rosa de Lima, cuyo muro avanzaba como vara y media fuera de línea. Las personas que pasaban por allí se quejaron, pues se suprimía la acera.

El Cabildo, con ánimo conciliador, teniendo en cuenta lo adelantada que estaba la obra, fijó a la comunidad un plazo de ocho meses para que obtuviera autorización de la Real Audiencia, previéndole que, si no la alcanzaba, debería demolerla hasta ponerla en línea, a costa del fiador.

Para fines del siglo ya hubo que pensar en reedificar el templo, pues, como se sabe, la calidad de los materiales de construcción no daba larga vida a los edificios.

La nueva obra, como siempre, duró muchos años.

El obispo don Juan Antonio Bazurco bendijo la piedra fundamental el 29 de junio de 1751, y la iglesia se consideró terminada en 1799. La consagró S. S. Ilma. don Sebastián de Malvar, el 19 de octubre de 1783, pero en realidad faltaba bastante, y siguió inconclusa hasta mediar el siglo XIX, en que se hizo la fachada y la segunda torre, a propósito de la cual se cuenta que, con motivo del cumpleaños de doña Elena de Alquiza, su marido —don Juan de Lezica y Torrezuri, que era el más importante benefactor del templo de Santo Domingo—, la obsequió con un magnífico par de pendientes que esperó los luciera en la recepción ofrecida en su honor.

Llegado el momento la vio presentarse llevando sólo un pendiente, y la otra oreja sin nada. Como es de suponer, eso llamó la atención y se comentó la novedad. Su marido inquirió la causa de semejante fantasía, contestando la interesada con prontitud, como quien tiene preparada la respuesta, *"que lo había hecho para estar a tono con el templo que se veía desde la ventana de su casa, que no tenía sino una torre, debiendo tener dos, y que sólo usaría el par cuando la fachada de Santo Domingo tuviera la torre que le faltaba"*.

La respuesta causó gracia al señor Lezica, quien prometió hacerla levantar para que doña Elena luciera tranquila sus pendientes. Pero ambos fallecieron antes de estar terminada la torre de la anécdota.

Los planos del nuevo edificio fueron hechos por el arquitecto italiano Antonio Masella, autor de los de la Catedral, y se pagó por ellos la suma de 300 pesos.

El altar mayor, obra de gusto y aliento, lo realizó el escultor José de Sosa.

Repetidas modernizaciones que *"ha sufrido"* (y el verbo es justo acá) en este siglo, cambiaron su aspecto.

El periódico "El Progreso" del 18 de agosto de 1852 dijo que, mientras se estaba revocando el frontis del templo, la Cofradía

del Rosario recibió una propuesta de costear toda la obra que faltaba, a cambio de suprimir en la torre las balas (mejor dicho, sus imitaciones) que recuerdan la lucha del 5 de julio de 1807, oferta que fue rechazada por los Mayordomos.

Las ceremonias religiosas eran fastuosas en Santo Domingo. Las procesiones recorrían las calles del barrio entre edificios adornados, y multitud de fieles acompañaban a las imágenes sagradas, mientras las campanas repicaban desde la salida hasta el regreso al templo.

Con este motivo recordaré que el 21 de marzo de 1845 se oyó por primera vez el sonido de una campana recién traída de Génova, cuyo peso era de 135 quintales.

En festividades solemnes de Semana Santa y Corpus Christi, las autoridades religiosas reunían a los fieles de las diversas parroquias y comunidades en una sola procesión, que salía de la Catedral.

Cada grupo se organizaba en su iglesia.

Así, los de Santo Domingo lo hacían en ella y desfilaban por Defensa, uniéndoseles al paso los de San Francisco, para seguir juntos hasta tomar su sitio correspondiente en la procesión general.

El regreso se efectuaba en forma análoga, pero a la inversa.

Las victorias sobre los ingleses, que vamos a recordar en breve, acrecentaron la devoción a la virgen del Rosario, venerada en este templo, y se intensificó durante los años de la lucha por la Independencia.

Su Cofradía fue la de mayor prestigio en Santo Domingo, y en nuestro siglo, por resolución del Padre Santo, se elevó esta iglesia al rango de Basílica, bajo la advocación de Nuestra Señora del Rosario.

El 5 de julio de 1813 se colocaron, en los costados del presbiterio, *"dos estandartes de seda carmesí ricamente bordados de oro"*, con las armas de España el uno, y el otro con las de Potosí, dejados en esa ciudad por el general Goyeneche cuando la abandonó. El general don Manuel Belgrano los tomó y remitió a nuestra Señora del Rosario, en cumplimiento de un voto.

En 1822 se prohibió la añeja costumbre de permitir la presencia de presos en la puerta de los templos los días de gran función, especialmente para Semana Santa. Su acpecto miserable, falta de higiene, a veces engrillados, pidiendo limosna, era un espectáculo bochornoso para la ciudad.

Hasta años después, todavía se colocaban en dichas oportunidades, en atrios o puertas de los templos, ciertas imágenes por las cuales se tenía una especial devoción, y junto a ellas, bandejas o alcancías para recoger donativos. Pero también eso se reglamentó y fueron prohibidos.

Cuando el gobierno sancionó las reformas religiosas, no obstante el retiro de la Orden, las ceremonias del culto no se interrumpieron, pues el templo fue entregado a la Curia.

El Convento también tuvo que reedificarse. Las obras comenzaron en 1786, de acuerdo con los planos del maestro fray Celestino de Guerra, siendo síndico don Juan Antonio de Lezica y Ozamiz.

Mientras duraron los trabajos, la comunidad ocupó el edificio que fuera de la Compañía de Jesús, junto a la iglesia de Nuestra Señora de Belén.

Como la mayoría de los conventos de esos siglos, tuvo privilegio de asilo, que no dejó de usarse en los continuos conflictos suscitados entre la Iglesia y el poder civil, o sea entre obispos y gobernadores o cabildos.

No es posible, ni atañe al asunto, enunciar todos los casos, pero recordaré uno de los más antiguos, del año 1627, en que fueron actores tanto el famosísimo Diego de Vega como el alguacil mayor Francisco González Pacheco, personaje que no cesó de tener conflictos en su larga vida, que pasó de los 90 años.

La comunidad nunca fue muy numerosa ni tuvo la popularidad de los franciscanos, a pesar del prestigio de muchos de ellos por sus méritos.

Pero posiblemente ninguno alcanzó al lego José de Zemboraín, natural de Alfaro, donde nació el 12 de febrero de 1741. Vino a estas tierras por asuntos mercantiles en 1759 e ingresó en el convento en 1768 como hermano lego. Tuvo a su cargo la regencia de la escuela, a la vez que desempeñaba otras tareas. La fama de sus virtudes se extendió pronto por la ciudad, y eran muchos los que acudían a él en procura de ayuda. Falleció el 22 de octubre de 1804, y en consideración a sus méritos fue sepultado dentro del templo.

Correspondía a los dominicos el privilegio de bendecir las aguas del río cercano, el 8 de diciembre, ceremonia con la que se inauguraba la temporada balnearia.

En el largo transcurso de los años, el auge de la Orden tuvo sus alternativas. Su importancia variaba según cómo estuvieran las relaciones con el obispo y el gobernador.

Así, cuando dirigía a los feligreses el Ilmo. don fray Cristóbal de Mancha, de la Orden de Predicadores, hizo lo posible para imponer la supremacía de la Iglesia de Santo Domingo.

Llegó al extremo de dictar medidas excesivas, cual fue la fijada en la puerta de las Iglesias, estableciendo *que todos los fieles cristianos acudan a oír el sermón que Su Ilustrísima predicará los domingos*

en la tarde en la Iglesia del señor Santo Domingo de esta ciudad, so pena de excomunión mayor late sententiae. *Y que no vayan a ninguna iglesia, aunque sea con diferente título y pretexto; y asimismo, que ningún predicador de cualquier estado y calidad, aunque sea regular, en los dichos domingos a la tarde no predique ni haya plática ni en las iglesias de sus conventos en conformidad a lo dispuesto en el Santo Concilio de Trento.*

Lo arbitrario de dicha disposición no podía menos de ser contraproducente, pues la violencia no gana adeptos, sino que provoca resistencia.

La rivalidad entre el obispo Mancha y el gobernador don Jacinto de Lariz repercutió en la orden protegida por el Diocesano.

Así, en ocasión en que el gobernador se hallaba enemistado con el capitán Antonio Martínez, éste resolvió apartarse de la vida militar, para seguir la monástica en el Convento de Predicadores.

Una noche el gobernador se presentó allí de improviso y, atropellando los fueros y derechos del convento, se apoderó de Martínez, lo sacó a la calle a medio vestir, lo acabó de desnudar y lo hizo encerrar en un calabozo del Fuerte.

Es de imaginar el revuelo causado por tal acto y cómo fue aprovechado para desprestigiar al gobernador, quien, como primera medida, recibió la excomunión.

Con motivo de las reformas al clero impuestas durante el ministerio de Rivadavia, siendo gobernador el general Las Heras, la mayor parte de los frailes dominicos se secularizaron y, no llegando los restantes al número señalado como mínimo para poder seguir con carácter de convento, los que no cambiaron se marcharon a las provincias y terminó la forma anterior por decreto del 4 de abril de 1823.

Por orden del gobierno se instaló, en el edificio desocupado, un museo de historia natural, el primero que tuvo Buenos Aires, cuya dirección se puso a las órdenes del sabio italiano don Pablo Cadmio Ferrari, y después se estableció, también allí, el primer observatorio astronómico, que dirigió otro italiano, Octavio Fabricio Mossotti, llegado al país en 1827.

Ambos fueron designados por el ministro Rivadavia.

Duraron hasta el 22 de octubre de 1835, en que el Restaurador dispuso el retorno de la comunidad dominica, a cuyo efecto, por medio de fray Domingo Inchaurregui, pidió al Provincial de Córdoba, fray Francisco de Sosa, el envío de un número suficiente de frailes, quienes debían ser necesariamente *"adictos, fieles y pronunciados decididamente por la causa nacional de la Federación Argentina"*.

El instrumental científico fue sacado y distribuido entre varios establecimientos. Sin embargo, una parte se guardó en el fuerte, donde quedó olvidado. Después de Caseros se lo quiso utilizar, y entonces vieron que faltaban muchas piezas y que lo existente estaba en pésimo estado.

Una parte del terreno hacia la calle Balcarce fue utilizada como campo santo, según era uso. Ocupaba más o menos el lugar del actual pasaje 5 de julio, abierto al clausurarse el convento.

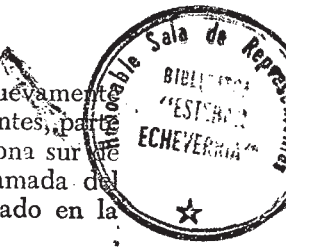
Allí estuvieron las sepulturas de la gente del pueblo, esclavos, etc.; también las de los soldados del presidio, de acuerdo con un convenio existente, del que nos ocuparemos al tratar del hospital.

Otros difuntos recibieron sepultura en el atrio del templo, pero era sitio de categoría secundaria, aun cuando a veces ciertas personas de importancia lo elegían como señal de humildad. El más destacado de los sepultados allí fue el general don Manuel Belgrano.

Naturalmente, siendo Santo Domingo una Iglesia predilecta de la alta sociedad, sirvió de enterratorio para numerosas personas cuyos nombres recordaban las lápidas existentes en el piso hasta principios del siglo, en que fueron quitadas por renovación del pavimento.

La lista de quienes reposan bajo las bóvedas de este templo es difícil establecer, pero asimismo los conocidos son numerosos. Se recuerda a don Juan de Lezica y Torrezuri y su mujer, principales benefactores de él; al conde de Liniers, hermano mayor del virrey; a don Manuel José de la Valle, padre del general Juan Lavalle y tronco del apellido en Buenos Aires; a don Domingo Belgrano Pérez, vecino de gran actuación y padre del general don Manuel Belgrano, cuyos restos cubrió una lápida con escudo; a don Juan M. de Figuereido, ministro de Portugal y primer diplomático que reconoció la Independencia argentina; al lego José de Zemboraín, antes mencionado; a don Anselmo Sáenz Valiente y su mujer; doña Juana María de Pueyrredón; al general don Matías Zapiola, veterano de la Independencia; al general don Antonio González Balcarce, jefe que alcanzó la primera victoria de las armas patrias; a don Alejo de Nevares y Trespalacios, así como su hijo y homónimo, devotos y benefactores de Santo Domingo.

La más brillante página en la historia del templo y convento de Santo Domingo es la relativa a la defensa en ocasión de la segunda invasión inglesa, 1807, relato que sería demasiado extenso y ajeno al carácter de esta reseña, pero imposible de silenciar cuando se trata de dichos edificios, pues se refiere a un suceso que señala el comienzo de una era para todo lo que fue el Virreinato.



Cuando las fuerzas británicas intentaron apoderarse nuevamente de Buenos Aires, después de obligadas a retirarse un año antes, parte de ellas, a las órdenes del general Crawford, cruzaron la zona sur de la Capital por la actual calle de Venezuela, entonces llamada del Rosario, y después de forzar el portón del convento situado en la esquina de Balcarce, se apoderaron de él.

Un rato más tarde llegó el coronel Pack, penetró en la Iglesia y se apresuró a descolgar las banderas británicas que Liniers había ofrendado a nuestra Señora del Rosario; y las izó en la única torre existente entonces, aparición que fue saludada por los navíos fondeados en el río y por las fuerzas de otros cantones ingleses.

Su vista enardeció igualmente a los criollos, que arreciaron sus ataques, distinguiéndose los Cántabros del regimiento de don Pedro Andrés García. Avanzaron por Defensa y la lucha se hizo particularmente sangrienta en la esquina de Venezuela, la cual por esta causa recibió el nombre de *"esquina de la matanza"*, que conservó largo tiempo.

El ataque se concentró contra Santo Domingo, que por la altura de su torre era posición importante para la lucha.

En la cercana casa de don Francisco de Tellechea se pusieron cañones que tiraban sobre ella, y como recuerdo de esa lucha quedaron incrustadas algunas balas en la torre, que luego fueron sustituidas por imitaciones.

La suerte fue adversa a los invasores. El general Crawford se vio en la imposibilidad de resistir, y se rindió a las 3.30 de la tarde del 5 de julio de 1807, comprometiéndose a evacuar el Río de la Plata.

Este acontecimiento sacudió el espíritu de los criollos y originó festejos de todo orden, siendo uno de los primeros el realizado el 15 de julio siguiente por S. S. Ilma. el obispo, con motivo de habilitar de nuevo el templo con las ceremonias rituales, por estar irregular a causa de las muertes habidas allí. Don Juan Manuel Beruti recuerda el acto en sus "Memorias".

Cuatro días más tarde, con gran ceremonial, se llevaron a la Catedral, para la misa en acción de gracias, las banderas tomadas en Santo Domingo, y el 2 de agosto tuvo lugar en este templo una solemne función ofrecida a nuestra Señora del Rosario, con manifiesto del santísimo y sermón del padre fray José Ignacio Grela, función a la cual asistieron todas las autoridades civiles, militares y religiosas.

Un año después, el 3 de julio de 1808, se celebró una magnífica función en acción de gracias por el pasado triunfo, costeado por el ilustre Cabildo. Estuvo Su Divina Majestad de manifiesto y asis-

tieron el obispo, el virrey, la real audiencia y, naturalmente, el Cabildo secular, que era el obsequiante.

La misa fue oficiada por el deán doctor don Gregorio Funes y volvió a predicar fray Grela.

Las autoridades resolvieron que todos los años, el primer domingo de julio, se recordara la victoria alcanzada por intercesión de la Sma. Virgen del Rosario.

En esta oportunidad se adornó la torre con muchas banderas y gallardetes, asistiendo tropas que se adhirieron a la demostración con descargas de fusilería.

En esta ceremonia se usó por primera vez una nueva colocación de las autoridades en las ceremonias públicas, como consecuencia de haberse recibido disposiciones suprimiendo el dosel en la iglesia para el Virrey, como se ponía hasta entonces.

EL HOSPITAL DE SAN MARTÍN

Al comenzar la última cuadra de la calle Defensa, en la parte que podemos considerar netamente urbana, o sea la actual esquina de México, se estableció en 1611 el Hospital de la Ciudad, de San Martín o del Rey, como indistintamente se le llamaba.

Garay, al distribuir los solares, le había señalado una manzana en el barrio Recio, hoy calles Reconquista, Corrientes, 25 de Mayo y Sarmiento, pero se la consideró inadecuada por estar lejos del *"centro"* y sobre todo del puerto, que era por donde llegaban más enfermos desvalidos.

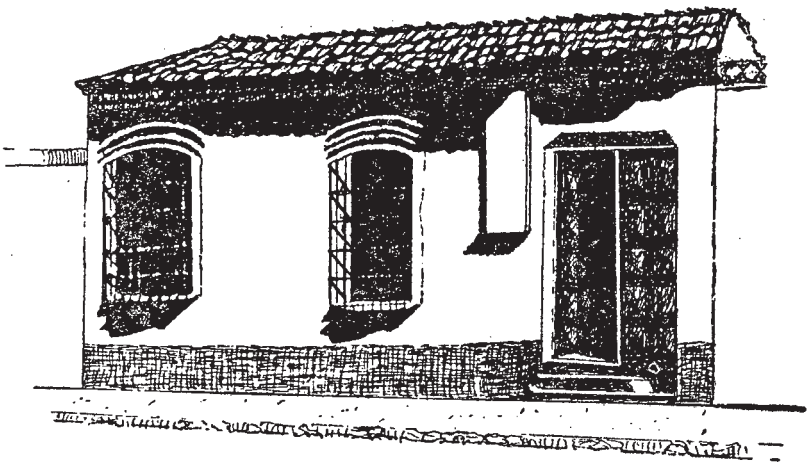
Por ello se entró en tratos con diversos propietarios de tierras situadas en la manzana junto al zanjón del sur, siendo los primeros en ceder sus propiedades los vecinos Juan Pérez de Arce y Antonio Fernández Barrios.

Así se suprimió el desagradable espectáculo que ofrecían los enfermos al cruzar la ciudad desde el desembarcadero.

El establecimiento estuvo bajo la vigilancia del Cabildo, el que designaba al mayordomo, que corría con todo lo pertinente a manejo, servicio y cuidados. Pero como los recursos eran muy escasos, no pudo habilitarse, y continuamente se oían quejas y protestas.

Durante años se clamó por la venida de los llamados *"Hermanos de Antón Martín"*, cofradía cuyos votos les obligaba a asistir a enfermos, y lo hacían en diversos establecimientos en España.

Los auxilios espirituales estaban a cargo de los padres dominicos, cuyos servicios comenta así el obispo de Buenos Aires, don fray Cristóbal de Mancha y Velasco, en carta del 30 de diciembre de 1682: *"Mil pesos se dan a los religiosos del convento de Santo Domingo, donde tienen los soldados su sepultura por convenio que se hizo desde la fundación del presidio, por las asistencias que dichos Religiosos hacen a dichos soldados en sus enfermedades, entierros y fiestas que celebran y lo demás se gasta en comprar medicinas, dar algún socorro a los enfermos y en celebración de una fiesta que cada año hace el Presidio el día de la expextación en la yglesia del dicho convento en cera y otras cosas necesarias para la Capilla"*.



Casa de Labardén. Venezuela 334.

Entonces el Hospital podía atender a 30 enfermos, y en caso necesario era posible ampliarlo.

Mientras el edificio no prestó los servicios de su destino, se lo usó para otros fines. Así, en 1680 sirvió para alojar a la gente que vino de Córdoba al llamado de las autoridades para la defensa de Buenos Aires, ante el peligro que ofrecía el asiento que los portugueses venían de establecer en la Colonia del Sacramento.

Pero sus condiciones económicas, en lugar de mejorar, llegaron a tal extremo que en 1682 se pensó cerrarlo y dar otro destino al edificio, siendo el que contaba con mayor favor el de establecer una *"Casa de Recogidas"*, para huérfanos y doncellas virtuosas */ puesto bajo la dirección y vigilancia de alguna dama respetable, /* pero sin carácter religioso */ ni sujetar con votos ni reglas monásticas a sus asiladas.*

El obispo Mancha y Velasco, en carta del 20 de enero de 1693, apoyó el proyecto diciendo *"que son muchas las doncellas que aquí se pierden por falta de Recogimiento y abundante de ocasiones respecto a la mucha gente soltera que tiene este Presidio fuera de los hijos de vecinos y muy pocas las doncellas de esta ciudad que sepan lo preciso para su salvación por falta de doctrina y enseñanza"*.

Las obras para el cambio de destino comenzaron a hacerse en las casas y cercos, y se designó directora fundadora a doña Juana de Saavedra, señora respetable y muy conocida por su religiosidad.

En 1699 se propuso al rey imponer un real sobre cada cuero exportado, aplicable a la obra y sostenimiento de esta Casa.

Pero el monarca no sólo no aceptó el cambio propuesto, sino que desaprobó la precipitación con que habían iniciado las obras antes de tener el real permiso.

No obstante, no desechó la idea de fundar la Casa de Recogidas. Al contrario, por R. C. del 27 de noviembre de 1701 ordenó su establecimiento, pero sin perjudicar al Hospital, que consideraba un instituto de mayor necesidad para la ciudad.

En consecuencia, el gobernador Valdez e Inclán desalojó a las beatas que se estaban instalando y repuso el Hospital, que continuó su vida lánguida por falta de recursos.

Los padres de San Juan de Dios, que lo atendían, hicieron abandono de él, no obstante la R. C. dictada en marzo de 1726, que les ordenaba volver, y que desacataron.

El Cabildo pidió se entregara a los padres bethlemitas, generalmente conocidos por *"barbones"* a causa de serles prohibido el afeitarse, regla que rigió hasta comienzos del siglo XIX. Por este mismo motivo, ciertos elementos los llamaban *"chivatos"*.

Casa donde habitó don Santiago de Liniers, Venezuela 469.

Don Domingo de Basavilbaso se encargó de traerlos, y los hizo venir desde Potosí a su costa. Llegaron en 1739, pero no alcanzaron R. C. sino cinco años más tarde, y se establecieron en 1748.

En momentos de darles posesión del terreno, éste media 109 varas de frente por 80 de fondo. La Iglesia del Hospital, dedicada al Santísimo Sacramento, según el Pbro. don Manuel Juan Sanguinetti, tenía 36 varas por 7. El mayordomo obtuvo licencia para invertir unos fondos en levantar un campanario.

Años más tarde, el Hospital y los bethlemitas pasaron a ocupar algunos de los edificios de la Compañía de Jesús junto al templo de Nuestra Señora de Belén, donde continuaron realizando su obra de caridad, pero por su ubicación fuera del barrio de Santo Domingo, su historia escapa a esta reseña.

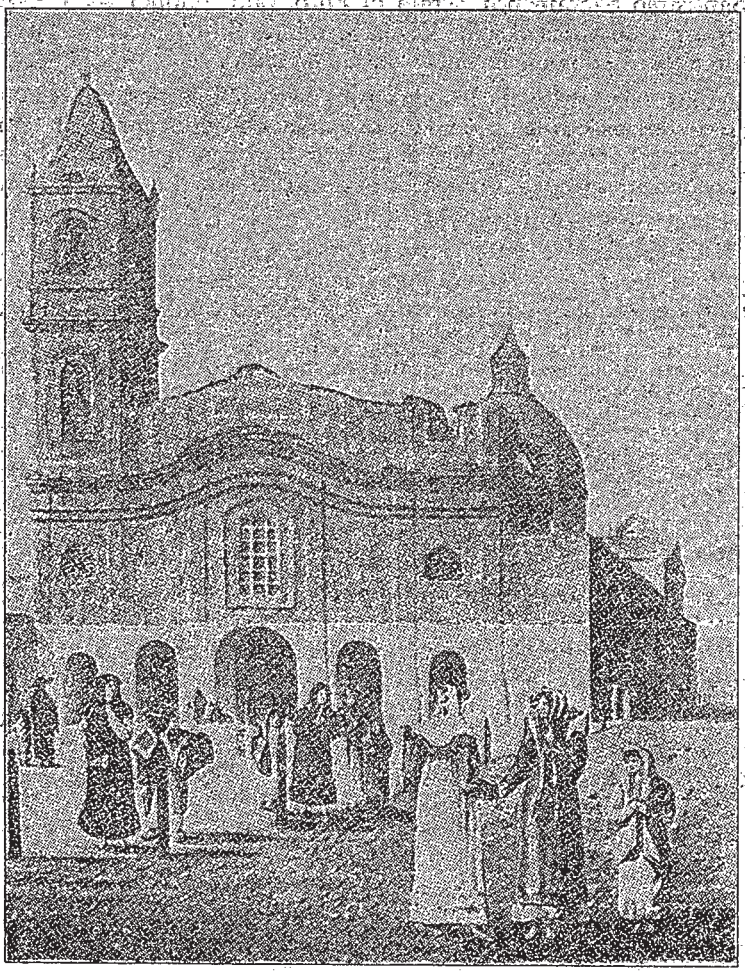
El más famoso barbón, y no precisamente por lo dicho, fue fray José de las Ánimas, antiguo oficial de caballería, que, con don Martín de Álzaga, planearon un movimiento tendiente a anular el de mayo, restableciendo las autoridades españolas, empresa que tuvo como epílogo la ejecución de ambos, así como la de otros complicados, en la plaza de la Victoria, en 1812.

La congregación fue disminuyendo el número de sus componentes, y al dictarse la ley de 1822 no pudo continuar como tal.

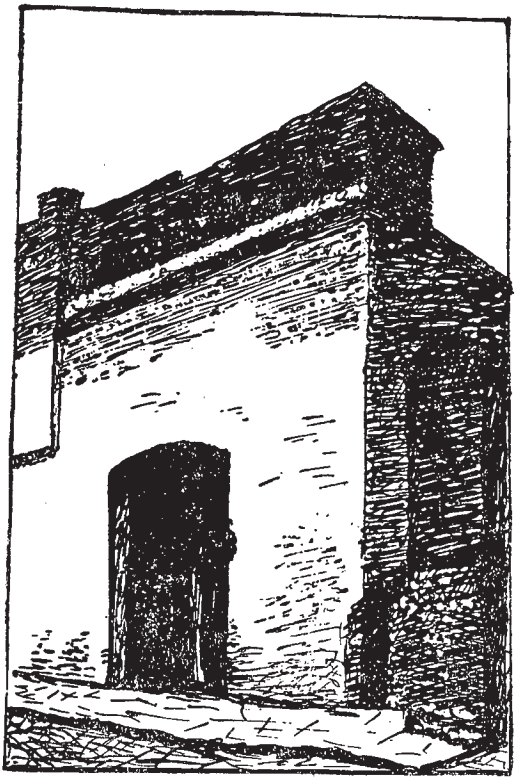
Los pocos existentes se secularizaron, y sobrevivió a todos fray Antonio Pérez, conocido como "el último bethlemita del Convento de Buenos Aires".

Era español, fue militar en diversas campañas hechas bajo las órdenes del Marqués de la Romana, luego profesó en la Orden de Bethlem y, como "barbón", pasó a prestar servicios en Buenos Aires.

En el Museo de Luján se conserva su retrato, pintado por Fermín Rezabal Bustillo, que D. Enrique Udaondo reprodujo en su Diccionario Biográfico Colonial.



Santo Domingo en 1817, según E. E. Vidal. (Se ve parte de la calle Defensa.)



Portón del antiguo Hospital General, Venezuela entre Balcarce y Defensa. (Tomado de "Nuestro antiguo Buenos Aires", por A. Taullard.)

CUARTELES

Después del traslado del Hospital al barrio del Alto, sus edificios se destinaron al alojamiento de tropas.

En ellos se estableció el cuartel del *"piquete de Alcaraz"*, cuyo jefe, el capitán Rafael de Alcaraz, alcanzó merecido prestigio por la obra de saneamiento moral realizada sobre todo en los arrabales, donde bastaba su nombre para contener los desmanes de maleantes y forajidos que dominaban por el pavor a sus indefensos habitantes, carentes de medios para repeler los atropellos contra sus personas y bienes, sufridos aun en pleno día.

Alcaraz pasó a ser personaje de leyenda, y sus hechos, magnificados por el comentario popular, eran adornados con abundantes detalles, más fácilmente creídos por el vulgo cuanto más descabellados e inverosímiles eran.

Sus procedimientos, más expeditivos que legales, se aplaudían por los vecinos y toleraban las autoridades, pues mantenían a raya a vagos y bandidos.

Más tarde se instaló en el mismo local un cuartel de infantería, y luego el batallón, también de infantes, llamado del *"Restaurador de las Leyes"* (comúnmente de *"Restauradores"*), compuesto por negros, y cuyo primer jefe, el general Félix Álzaga, fue removido en 1835 al asumir el gobierno por segunda vez don Juan Manuel de Rosas.

Lo sucedió el coronel Agustín Rabelo, siendo comandante y mayor, de dicho cuerpo, los morenos Roque Narbona y Manuel Barbarín.

Rabelo actuó en San Nicolás de los Arroyos y alcanzó triste notoriedad, por haber estado encargado de cumplir la orden de ejecutar a los prisioneros que llegaron a dicha ciudad, rendidos bajo promesa de serles respetada la vida. No obstante esto, fueron ejecutados, y el acto impresionó mucho más por haberse incluido entre las víctimas al niño Montenegro, de 12 a 14 años de edad,

enviado por su madre al encuentro del padre, que era uno de los prisioneros. Es decir que bajo ningún concepto podía estar comprendido entre los condenados.

Rabelo le aplicó la pena, mostrando la orden del Restaurador, que decía: *"Los ejecutará usted a las dos horas de leérsela y no se admite ninguna petición ni súplica del pueblo, ni otra contestación que el aviso de haber cumplido con ella, bajo pena de ser sacrificado usted con igual precipitación".*

Su ciega adhesión a la Santa Causa de la Federación no le mereció respeto por parte del Restaurador, y se cuenta que un día Rabelo casi no pudo contener su indignación, al presentarse para verle y ser recibido por el bufón don Eusebio de la Santa Federación, vestido de gran uniforme, y oírse saludar con un confianzudo *"¿cómo está, compañero?"*

Pero acalló su rebeldía y todo siguió como antes.

El nuevo destino dado al caserón del dolor y la miseria trajo un cambio en la fisonomía de la calle, por el obligado paso de tropas, desfiles y músicas, que daban animación y bullicio.

Después de sacarse de allí al batallón de Restauradores, su antiguo cuartel se destinó a guardar carros de la limpieza.

A últimos del siglo XIX se levantó, en parte de su terreno, el edificio destinado a Casa de Moneda, donde se imprimían los billetes de banco, valores fiscales, timbres postales, etcétera.

CONVENTO DE MONJAS DOMINICAS

Durante el siglo XVII no llegó a concretarse el anhelo manifestado por algunas señoras respecto a la fundación de un convento para mujeres; y sólo hubo institutos privados donde las devotas hacían vida conventual siguiendo las reglas de diferentes órdenes, de acuerdo con su predilección, pero sin estar sujetas por votos.

A comienzos del siglo XVIII, don Dionisio de Torres Briceño, caballero de la Orden de Santiago, deseó establecer un convento de monjas dominicas donde pudieran recogerse algunas doncellas huérfanas y, en determinados casos y bajo condiciones especificadas, depositarse mujeres de calidad, para evitar ciertos accidentes que explicaban por la gran miseria en que se hallaban.

Torres Briceño gestionó en España la autorización necesaria para la fundación que aspiraba realizar.

Su padre, don Luis de Torres Briceño, y sus sobrinos don Vicente, doña Catalina, doña Josefa y doña Dionisia Morón, apoyaron su pedido, que fue escuchado por el rey, quien firmó una R. C. en San Lorenzo, el 27 de octubre de 1717, accediendo a condición de que fuera a costa del solicitante, *"sin mezcla de otro caudal ni premio alguno"*.

El sitio elegido para el Convento fue la esquina N. O. de la calle Real, haciendo cruz con el Hospital, o sea, Defensa y México de hoy.

A la muerte de don Dionisio de Torres Briceño, el gobernador don Bruno Mauricio de Zabala se hizo acompañar por el ingeniero Domingo Petrarca y el coadjutor de la Compañía de Jesús, arquitecto hermano Juan Bautista Primoli, para verificar el estado de la obra y su marcha, pues diversos inconvenientes la demoraban.

Las opiniones de los vecinos estaban divididas respecto de la ubicación. Unos la aprobaban y otros la criticaban. Decían que el terreno era exiguo, y a esto respondían la sobrina del fundador, doña Dionisia Morón, y su marido, Martín de Gamboa, ofreciendo permutar la finca lindera de su propiedad por otra equivalente, así el Convento alcanzaba a tener una cuadra.

Esta propuesta fue como echar leña a la hoguera y originó discusiones agrias con el Cabildo, pues éste sostenía que Gamboa y su mujer ofrecían una propiedad gravada con un censo y pretendían recibir otra libre de gravámenes.

Total, después de las consiguientes alegaciones, no se aceptó la propuesta y continuó la discusión sobre la ventaja e inconveniente del sitio elegido.

Los partidarios del traslado indicaban como mejor la manzana conocida por *"del Campanero"*, situada en el barrio Recio, actualmente limitada por las calles San Martín, Córdoba, Reconquista y Viamonte.

El Cabildo observaba el traslado.

Con fecha 14 de septiembre de 1737, manifestaba que "tal sitio no era adecuado, por estar en un arrabal, ser terreno bajo donde se detienen las aguas y estar inmediato al zanjón del norte". Todo lo cual era exacto.

Se decía también que se corría el riesgo de la infección y contagio de pestes por su cercanía —unos 260 pasos— del lugar donde se alojaban los negros de la Compañía Real de Inglaterra, monopolista de la importación de esclavos; y alegaban otras razones, como la lejanía del centro y con calles tan impracticables que los coches no se podían acercar, siendo imposible visitar a las monjas, comprar sus trabajos y hasta proporcionarles los auxilios espirituales, pues como los confesores en general eran personas ancianas, no podrían ir en invierno por el lodo de las calles, y, en verano, por el calor y el polvo.

No obstante estas observaciones, triunfaron los partidarios del traslado y se realizaron las gestiones necesarias.

En 1745, el Ilmo. señor obispo don José de Peralta celebró su inauguración con ceremonias proporcionadas al suceso.

La historia del Convento, en su segundo período, corresponde a la del barrio al cual dieron nombre, o sea el de las Catalinas.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE, JUAN FRANCISCO DE. *Discurso histórico.* Biblioteca Nacional. Ms. nº 9.

Archivo General de la Nación. *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires.*

BERUTI, JUAN MANUEL. *Memorias curiosas.* Revista de la Biblioteca Nacional. T. XII, etc.

BILBAO, MANUEL. *Tradiciones y recuerdos de Buenos Aires.* Buenos Aires, 1934.

BUCICH ESCOBAR, I. *Visiones de la gran aldea.* Buenos Aires, 1932-33.

BUSANICHE, Dr. JOSÉ I. *Lecturas de Historia Argentina.* Buenos Aires, 1938.

CALZADILLA, SANTIAGO. *Las beldades de mi tiempo.* Buenos Aires, 1891. "Caras y Caretas".

CATTANEO S. J., CAYETANO. *Cartas en Muratori, Il cristianesimo felice nelle missioni.* Venezia, MDCCXLIII.

Censo General de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1889.

"El Argos". *Edición facsimilar de la Junta de Historia y Numismática.* Buenos Aires.

"El Telégrafo Mercantil". Id. Buenos Aires, 1914-1915.

Facultad de Filosofía y Letras. *Documentos para la historia del Virreynato.*

GÁLVEZ, VÍCTOR. *Memorias de un viejo.* Buenos Aires, 1888.

GALLARDO, GUILLERMO. *La venta de los bienes eclesiásticos en Buenos Aires.*

"La Nación", 4 de diciembre de 1955.

GARCÍA, Dr. JUAN A. *La ciudad indiana.* Buenos Aires. 4ª edición, s. f.

GERVASSONI, S. J. CARLOS. *Cartas en Muratori, Il cristianesimo felice nelle missioni.* Venezia, MDCCXLIII.

GUERRA, JOSÉ M. *Memoria histórico-militar.* Buenos Aires, 1939.

GROUSSAC, PAUL. *Santiago de Liniers.* Buenos Aires, 1907.

JAIMES RÉPIDE, JAIME. *Paseos evocativos por el viejo Buenos Aires.* Buenos Aires, MCMXXXVI.

KRONFUSS, JUAN. *Arquitectura colonial en la Argentina.* Córdoba, s.f.

LAFUENTE MACHAIN, Dr. R. DE. *Buenos Aires en el siglo XVII.* Buenos Aires, 1944.

LAFUENTE MACHAIN, Dr. R. DE. *Buenos Aires en el siglo XVIII.* Buenos Aires, 1946.

"Gazeta de Buenos Ayres", 1810/1821.

"La Nación", de Buenos Aires.

"La Prensa", de Buenos Aires.

"La Razón", de Buenos Aires.

LÓPEZ, Dr. VICENTE F. *Historia de la República Argentina.* Buenos Aires, 1883.

MALLOL, B. J. *Narraciones coloniales.* Buenos Aires, 1919.

MANSILLA, Gral. LUCIO V. *Rozas.* París, 1898.

MANSILLA, Gral. LUCIO V. *Mis memorias.* París, s. f. 1904.

MITRE, Gral. BARTOLOMÉ. *Historia de Belgrano.* Buenos Aires, 4ª edición, 1887.

MORALES, ERNESTO. *Los cafés en la vida argentina.* "La Nación" del 25 de mayo de 1943.

OBLIGADO, Dr. PASTOR S. *Tradiciones.* Buenos Aires, 1888/1900.

PEÑA, ENRIQUE. *Don Jacinto de Lariz.* Buenos Aires, 1911.

PEÑA, ENRIQUE. *Documentos y planos relativos al período edilicio colonial de la ciudad de Buenos Aires.* Buenos Aires, 1910.

PILLADO, JOSÉ A. *Buenos Aires colonial.* Buenos Aires, 1910.

PUIGGRÓS, RODOLFO. *Rosas el pequeño.* Montevideo, 1944.

RAMOS MEJÍA, Dr. JOSÉ M. *Rosas y su tiempo.* Buenos Aies, 1907.

Revista del Archivo General de Buenos Aires. Buenos Aires, 1869.

ROBERTS, CARLOS. *Las invasiones inglesas del Río de la Plata.* Buenos Aires, 1938.

SANGUINETTI, Pbro. MANUEL J. *San Telmo.* Buenos Aires, 1939.

TAULLARD, A. *Nuestro antiguo Buenos Aires.* Buenos Aires, 1927.

TORRE REVELLO, JOSÉ. *Crónicas del Buenos Aires colonial.* Buenos Aires, 1943.

UDAONDO, ENRIQUE. *Don Juan de Lezica y Torrezuri.* Buenos Aires, 1914.

UDAONDO, ENRIQUE. *Diccionario Biográfico Argentino.* Buenos Aires, 1938.

UDAONDO, ENRIQUE. *Diccionario Biográfico Colonial.* Buenos Aires, 1945.

VIDAL, EMERIC ESSEX. Picture and Illustrations of Buenos Aires and Montevideo. London, 1820.

WILDE, JOSÉ ANTONIO. *Buenos Aires desde 70 años atrás.* Buenos Aires, 1881.

ÍNDICE

	Pág.
El Barrio de Santo Domingo	5
Calles y Vecinos	9
Arquitectura	39
Plazuelas	47
El Templo y el Convento de Santo Domingo	51
El Hospital de San Martín	59
Cuarteles	67
Convento de Monjas Dominicas	69
Bibliografía	71

ÍNDICE DE LÁMINAS

Portón de la Aduana vieja sobre Balcarce, entre Belgrano y Venezuela, como estaba en 1900 11

Portón del corralón donde estuvo el cuartel de Cuitiño; Chacabuco, entre Independencia y Estados Unidos 13

Casa de Basavilbaso, luego Aduana. Belgrano, entre el Bajo y Balcarce, 1900 15

Brocal del aljibe de la casa de Constanzó. (Después propiedad del señor Antonio M. Barreto) 17

Detalle de la casa de Constanzó, Belgrano 450. Parte interna de la fachada, en la azotea. Balcón para ver las procesiones 38

Fachada de la casa de Constanzó, Belgrano 450 40

Casa de Ramos Mejía, que en 1852 era Legación de Inglaterra. (Parte de la fachada que subsistió hasta 1922), Bolívar 553 42

Casa de Elía, Balcarce 521 (1946) 44

Casa de Labardén, Venezuela 334 60

Casa donde habitó don Santiago de Liniers, Venezuela 469 62

Santo Domingo en 1817, según E. E. Vidal (se ve parte de la calle Defensa) 64

Portón del antiguo Hospital General, Venezuela entre Balcarce y Defensa. (Tomada de "Nuestro antiguo Buenos Aires", por A. Taullard) .. 65

CUADERNOS DE BUENOS AIRES

1 — EL NOMBRE DE BUENOS AIRES Y SU SANTO PATRONO (2ª Ed.)
José Torre Revello

2 — EL BARRIO DE LA RECOLETA (3ª Ed.)
Ricardo de Lafuente Machain

3 — XILOGRAFÍAS PORTEÑAS
Juan Antonio

4 — PUNTAS DE SANTA MARÍA DEL BUEN AIRE (2ª Ed.)
Juan José Nágera

5 — PEQUEÑA HISTORIA DE LA CALLE FLORIDA (2ª Ed.)
José Luis Lanuza

6 — EL BARRIO DE CONSTITUCIÓN (3ª Ed.)
José Juan Maroni

7 — EL BARRIO DE LA BOCA (3ª Ed.)
Antonio J. Bucich

8 — EL BARRIO DE MONSERRAT (3ª Ed.)
Francisco L. Romay

9 — IMPRESIONES DE UN INMIGRANTE
Luis L. Szalay

10 — EL BARRIO DE SANTO DOMINGO (3ª Ed.)
Ricardo de Lafuente Machain

11 — RECUERDOS DE BUENOS AIRES
Ricardo M. Llanes

12 — EVOLUCIÓN URBANA DE BUENOS AIRES DESDE SU FUNDACIÓN HASTA 1910 (2ª Ed.)

13 — BUENOS AIRES, LA METRÓPOLI DE MAÑANA
Alberto Gerchunoff

14 — LOS VIAJEROS DESCUBREN LA BOCA DEL RIACHUELO
Antonio J. Bucich

15 — LA AMISTAD DE ALGUNOS BARRIOS (2ª Ed.)
Bucich, Carpena, Dondo, Llanes, Sáenz

16 — EL BARRIO DE LA RECOLETA (2ª Ed.)
Ricardo de Lafuente Machain

17 — LA PLAZA TRÁGICA (2ª Ed.)
Ricardo de Lafuente Machain

18 — PRIMEROS SALONES DE ARTE EN BUENOS AIRES (2ª Ed.)
Francisco A. Palomar

19 — EL BARRIO DE MONSERRAT (2ª Ed.)
Francisco L. Romay

20 — MISERERE, IGNORADO EPÓNIMO DE UNA PLAZA PRINCIPAL
Manuel Carlos Melo

21 — EL BARRIO DE LA BOCA (2ª Ed.)
Antonio J. Bucich

22 — SAN JOSÉ DE FLORES
Baldomero Fernández Moreno

23 — LA NOCHE DE BUENOS AIRES
Ulyses Petit de Murat

24 — EL BARRIO DE FLORES (Recuerdos)
Ricardo M. Llanes

25 — BARRACAS EN LA HISTORIA Y EN LA TRADICIÓN (2ª Ed.)
Enrique Horacio Puccia

26 — EL BARRIO DE ALMAGRO
Ricardo M. Llanes

27 — EL BARRIO DE BELGRANO
Alberto Octavio Córdoba

28 — TEATROS DE BUENOS AIRES
Ricardo M. Llanes

29 — BREVE HISTORIA FÍSICA DE BUENOS AIRES
José Juan Maroni

30 — GUÍA ANTIGUA DEL OESTE PORTEÑO
Hugo Corradi

31 — DOS CASAS DE MI CIUDAD
Manuel Carlos Melo

32 — PALERMO DE SAN BENITO
Horacio Schiavo

33 — DOS NOTAS PORTEÑAS (La Plaza y la Manzana)
Ricardo M. Llanes

34 — EL BARRIO DE SAN CRISTÓBAL
Ricardo M. Llanes

35 — UNA REINA EN EL BARRIO CONGRESO
Alberto Ibáñez Padilla S.J.

36 — LA CATEDRAL DE BUENOS AIRES
Ludovico García de Loydi

37 — HISTORIA Y LEYENDA DEL ARROYO MALDONADO
Diego A. del Pino

38 — LA CHACARITA DE LOS COLEGIALES
Diego A. del Pino

39 — EL ALTO DE SAN PEDRO
(Parroquias de La Concepción y de San Telmo)
José Juan Maroni

40 — EL ESCUDO DE ARMAS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES (2ª Ed.)
Enrique Peña

41 — LA ARQUITECTURA EN BUENOS AIRES (2ª Ed.)

42 — EL BARRIO PARQUE DE LOS PATRICIOS
Ricardo M. Llanes

43 — UNA LUZ EN LA MANZANA DE LAS LUCES: CHORROARÍN
Ludovico García de Loydi

44 — EL BARRIO DE VILLA CRESPO
Diego A. del Pino

45 — EL BARRIO DE VILLA URQUIZA
Diego A. del Pino

46 — BREVE HISTORIA DEL CARNAVAL PORTEÑO
Enrique Horacio Puccia

47 — EL BARRIO DE LA FLORESTA
Emilio Juan Vattuone

48 — ANTIGUAS PLAZAS DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES
Ricardo M. Llanes

49 — VILLA DEVOTO, UN BARRIO DE QUIETUD PATRIARCAL
Enrique Germán Herz

50 — BIOGRAFÍA DE LA AVENIDA SANTA FE
Ricardo M. Llanes

51 — LAS FUENTES PORTEÑAS
Oscar Félix Haedo

NÓMINA DE
BIBLIOTECAS MUNICIPALES

Central

Talcahuano 1261 - Tel. 44-1840.
Horario: lunes a viernes, de 9 a 20.

Del Municipio, Manuel Gálvez

Avda. Córdoba 1558 - Tel. 44-4723.
Horario: lunes a viernes, de 8 a 21.
Sábados: de 8 a 13.

Mariano de Vedia y Mitre

Avda. de Mayo 525 - Tel. 34-8168.
Horario: lunes a viernes, de 8 a 20.

Martín del Barco Centenera

Defensa 1597 - Tel. 23-6560.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Biblioteca y Biblioteca Infantil de la Boca del Riachuelo

Avda. Almirante Brown y Suárez - Tel. 28-2481.
Horario: lunes a viernes, de 8 a 20.

Infantil Central

Leiva 4231/43.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Miguel Cané

Carlos Calvo 4319 - Tel. 922-0020.
Horario: lunes a viernes, de 8 a 20.

Mariano Pelliza

Cranwell 819 - Tel. 631-0961.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Estanislao del Campo

De las Artes 1210 - Tel. 923-5250.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Parque de los Patricios

Parque de los Patricios.
Horario: lunes a viernes, de 9 a 17.

La Prensa

Plaza José C. Paz.
Horario: lunes a viernes, de 9 a 17.

Para Ciegos

Carlos Calvo 4319 - Tel. 922-0020
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Infantil Miguel Cané

Carlos Calvo 4319 - Tel. 922-0020.
Horario: lunes a viernes, de 13 a 20.

De Belgrano

La Pampa 2215 - Tel. 783-1567.
Horario: lunes a viernes, de 8 a 20.

José Mármol

Avda. San Martín 3228 - Tel. 59-6433.
Horario: lunes a viernes, de 8 a 20.

Brig. Gral. Cornelio de Saavedra

Republiquetas 6289.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Leopoldo Lugones

Estado de Israel 4237 - Tel. 86-9072.
Horario: lunes a viernes, de 8 a 20.

Baldomero Fernández Moreno

Leiva 4231/43.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Rafael Obligado

Crainqueville 2233 - Tel. 59-8640.
Horario: lunes a viernes, de 10 a 20.

Hilario Ascasubi

César Díaz 4219 - Tel. 566-5171.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Ricardo Güiraldes

Avda. Juan B. Alberdi 5572 -
Tel. 68-0477.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Benito Lynch
Barrio Coronel Dorrego -
Tel. 68-1977.
Horario: lunes a viernes, de 9 a 17.

José Hernández

Boquerón 6753 - Tel. 641-3673.
Horario: lunes a viernes, de 12 a 20.

Luis José de Chorroarín

Barrio Gral. Manuel Savio -
Tel. 602-0603.
Horario: lunes a viernes, de 9 a 12.30
y de 13.30 a 18.

Honorable Sala de

El barrio de Santo Domingo, de Ricardo de Lafuente Machain, número 10, 3ª edición, de la Serie "Cuadernos de Buenos Aires", se terminó de imprimir en la Imprenta del Congreso de la Nación, en Buenos Aires, el 2 de mayo de 1980.

BIBLIOTECA MUN. E. ECHEVERRIA - PERU, 180